

A large, detailed eye is the central focus of the cover. The iris is replaced by a black and white photograph of a city skyline at night, with several skyscrapers illuminated. The eye's eyelashes are visible at the top and bottom, and the surrounding skin is textured. The overall composition is centered and symmetrical.

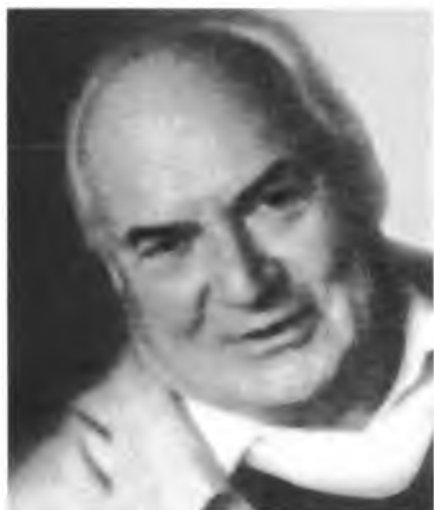
Carlo Carretto

El desierto
en la ciudad

Espiritualidad para un mundo urbano

LUMEN

El autor



Carlo Carretto nació en 1910 en Italia y durante su juventud se convirtió en un activo dirigente de la Acción Católica. De temperamento fogoso y entusiasta, vivió una búsqueda apasionada, franca y total de Dios que lo llevó a arriesgar una y otra vez su seguridad para vivir plenamente el Evangelio. En 1954 ingresó en la Orden de los Hermanitos de Jesús y permaneció diez años en el desierto del Sahara. Regresó a Italia en 1964 y se estableció en Spello, cerca de Asís, donde animó un centro de espiritualidad hasta su muerte ocurrida en la noche del 4 de octubre de 1988. Sus obras son renombradas en todo el mundo y fueron traducidas a varios idiomas.

Carlo Carretto

El desierto en la ciudad

Espiritualidad para un mundo urbano

Grupo Editorial Lumen

Buenos Aires - México

Colección: Caminos interiores

Título de la edición italiana: *Il deserto nella città*.

© 1986 by Edizioni San Paolo

Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milán)

Carretto, Carlo

El desierto en la ciudad : espiritualidad para un mundo urbano. – 1^a ed. –

Buenos Aires : Lumen, 2004.

144 p. ; 22x15 cm.

ISBN 987-00-0467-9

I. Espiritualidad I. Título.

CDD 291.4

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni cualquier comunicación pública por sistemas alámbricos o inalámbricos, comprendida la puesta a disposición del público de la obra de tal forma que los miembros del público puedan acceder a esta obra desde el lugar y en el momento que cada uno elija, o por otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor.

© Editorial Distribuidora Lumen SRL, 2004

Grupo Editorial Lumen

Viamonte 1674, (C1055ABF) Buenos Aires, República Argentina

☎ 4373-1414 (líneas rotativas) • Fax (54-11) 4375-0453

E-mail: editorial@lumen.com.ar

<http://www.lumen.com.ar>

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Todos los derechos reservados

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

Índice

Prólogo de Giorgio Gonella	9
1. La razón de este libro	13
2. El desierto en la ciudad	23
3. La presencia de Dios.....	35
4. Todo es signo de Él	51
5. El Reino donde reina el amor	69
6. No huyan del amor.....	83
7. La importancia de lo real.....	97
8. “Marana thá”	111
9. Resurrección: la profecía de Jesús	127

*Esta obra quiere ayudar
a quienes, comprometidos
y sobrepasados por el trabajo,
si se les habla de la oración,
dicen: no la hago... no tengo tiempo...
no sé cómo hacer.*

Bueno, veamos qué podemos lograr.

*El desierto lo pueden hallar en cualquier parte
incluso en la ciudad.*

*Si saben amar, ello es posible,
aunque sea un tanto difícil.*

¿Intentamos?

*No olviden que desierto
no es ausencia del hombre,
es presencia de Dios.*

PRÓLOGO

por Giorgio Gonella

Carlo Carretto era un zapatero experto. En 1968, cuando yo era un joven estudiante, pasé unos meses con él en el Sahara, en Beni-Abbès. Carlo pasaba horas sentado en un taburete de zapatero. Fabricaba un modelo de sandalias exclusivas. Me hizo un par a medida. Eran sandalias para el desierto: hechas con viejos neumáticos de automóvil, hilo de hierro, tachuelas, pedazos de llantas y tiras de cuero. “Nada de cola de pegar —me explicaba— porque la cola no resiste la arena del desierto.”

Me gusta recordar a Carlo con su ropa de fabricante de sandalias. Me gusta recordarlo como aquel que te proveía sandalias para el desierto (sin cola de pegar), sandalias para la peregrinación. Toda su vida fue una invitación a hacer y rehacer este viaje en el desierto, un viaje que lo apasionaba. Nos proporcionó herramientas, instrucciones, estímulos de toda clase. Si yo fuera pintor pintaría un icono de Carlo con un par de sandalias en las manos... Sandalias que digan: no serás plenamente hombre o mujer si no te atreves a afrontar el gran viaje del desierto. ¡Ve, sin equipaje y sin miedo! ¡Y con mucha sed de Dios! ¡Sí, hambriento y sediento!

Después, Carlo vivió muchos años en Spello, entre las dulces colinas umbrías; ¡un paisaje completamente diferente! Pero continuó siendo el pregonero de este mismo viaje en la nada del desierto a la búsqueda del Todo. No realizaba un discurso intelectual de tipo académico, pero sabía arrastrar porque hablaba de Dios con la mirada de un niño, o de un enamorado, entusiasmándose a veces hasta las lágrimas. Y sin embargo, en sus ojos aparecía también la inteligencia refinada del zorro del desierto. Era un peregrino experimentado, un guía astuto en quien se podía confiar.

En 1971, continuando mi propio viaje espiritual, realicé mis primeros votos de Hermanito del Evangelio, y desde entonces, viví ca-

si siempre en nuestra fraternidad de Nueva York. Extraña vocación la nuestra, que te nutre del desierto y después te arroja en un cuartito de la ciudad. Extraña, pero bella y estimulante.

En Nueva York descubrí otro desierto, otro paisaje vacío y desolado: el de la soledad. El sufrimiento de la gente de la calle, de los vagabundos, de los drogadictos, de los enfermos mentales... Era un nuevo Sahara, el lugar de otra peregrinación en la nada en búsqueda del Todo.

Freddy, un vagabundo que en esos días comía a menudo con nosotros, tenía los pies tan hinchados por el alcohol que sólo podía calzar un viejo par de zapatos negros gastados y sin lazos. Los arrastraba casi como si fueran pantuflas. Y, sin embargo, la serenidad de su rostro me hablaba a menudo de Dios, del Dios de Job, aquel que es amigo de los humillados, aquel que se sienta a discutir larga, interminablemente con ellos. Ahora que ha muerto, asesinado de una puñalada, imagino un icono de Freddy con sus viejos zapatos gastados en las manos. En este desierto de la miseria humana he caminado a menudo al ritmo arrastrado de los zapatos de Freddy y de tantos como él. Confiaba en ellos. Son guías seguros.

Desierto... ciudad. Ciudad... desierto.

Las sandalias del peregrino, las pantuflas del vagabundo. Carlo Carretto comprendió que no se trataba de dos viajes diferentes, sino del mismo viaje. De aquí nació el libro *El desierto en la ciudad*. El desierto no es un lugar geográfico, lo repite a menudo, sino sobre todo una dimensión fundamental de nuestra vida, la dimensión fundamental de la vida de cada uno de nosotros. Sin embargo, casi siempre nos negamos a enfrentar seriamente este viaje y pasamos la vida huyendo. Huimos frente al silencio de Dios rellenándolo con piedad, moralismo y clericalismo hasta sofocarlo. Huimos a la vista del pobre, deslumbrándonos con teorías, excusas y pretextos. A menudo somos generosos, pero tenemos demasiado miedo de la soledad, del silencio, de la pobreza. El desierto es una mirada de verdad sobre nuestra vida y, en lugar de acogerlo y descubrir el Todo por el camino de la nada, escapamos... ¡El vacío da terror! ¡Mejor huir que abandonarse!

En las Bienaventuranzas, corazón de la enseñanza de Jesús, la condición del vacío se exhalta como manifestación de lo divino. Quien no posee es bienaventurado... quien se vacía está pleno... quien tiene sed es fecundo... quien tiene necesidad es afortunado. La felicidad se encuentra en el extremo opuesto de donde la buscamos a menudo: ¡qué torpes somos! Es en este vacío interior de las bienaventuranzas que las sandalias del peregrino y las pantuflas del vagabundo se vuelven una sola cosa. No hay verdadero desierto si no es el de las Bienaventuranzas, el del hombre despojado, desenmascarado, desnudo.

Vacío, desnudez, pobreza... No se trata de realidades creadas artificialmente. Están allí, las llevamos dentro, pero no queremos verlas. La ceguera voluntaria es nuestro pecado más grave. Es una manera sutil de huir.

El desierto de las Bienaventuranzas nos obliga a ver nuestro vacío, aunque dé miedo, aunque haga mal; y a veces nos hace muchísimo mal. Los Freddy de este mundo son el espejo de nuestro paisaje interior; por esto a menudo evitamos fijar la mirada en ellos. Porque nos vemos a nosotros mismos. Porque nos redescubrimos hijos de Job, tierra seca, agostada.

Y un día descubrimos que este espacio de vacío (podemos llamarlo desierto o bienaventuranza, es lo mismo) no es el lugar de pasaje para llegar a Dios, sino el punto de llegada. El desierto que creíamos era el camino es, en cambio, el destino final. No hay una tierra prometida más allá de todas las dunas superadas. La peregrinación, el exilio... son la patria esperada.

Dios está en el corazón del desierto atravesado, en el corazón del viaje, del exilio. El Todo no está más allá de las dunas de la Nada, sino en su centro. El Todo está en la "Nada". Dios acampó en el desierto. Dios es el desierto. Dios es la soledad del desierto.

Y el corazón se podrá relajar, descubriendo que en ese vacío divino se encuentra la perfecta alegría. La comunión que buscamos toda la vida no es lo contrario de la soledad. Es sobre todo la afirmación luminosa de la soledad: soledad descubierta bajo una luz divi-

na y transformada en abandono. Por esto un monje del siglo cuarto, que no había visto las películas de Hollywood, decía que el amor auténtico es hijo del “desierto”.

Y la peregrinación continúa: cada vez más verdadera, cada vez más exigente, cada vez más interior. A través de una continua destrucción de imágenes, de ilusiones sobre Dios y sobre mí mismo, y un continuo renacimiento a partir de las cenizas. Vaciándose, abriéndose... Entre la Nada y el Todo, entre el infierno y el paraíso, entre la muerte y la resurrección.

Gracias, Carlo, por aquellas sandalias. Las necesito todavía. Quién sabe cuánto debo caminar todavía; estoy al principio. Tenías razón: para este viaje el hilo de hierro es mejor que la cola de pegar.

Nueva York, 2003



1

*La razón
de este libro*



Hong Kong, en la Pascua de 1977

La vida fue siempre para mí una “sorpresa”.

Así como creo que Dios es Vida, Luz y Amor, creo también que para mí ha sido Él en realidad quien me “sorprendió” en el camino.

Dios es sorpresa.

Dios es novedad.

Dios es creatividad.

Después de mi larga estadía en el desierto del Sahara, tuve la alegría de volver a ver al papa Juan quien, clavando en mí sus ojos vivaces y penetrantes, me preguntó:

“Antes de irte a África, ¿ya lo habías pensado? ¿Fue algo sobre lo que habías meditado? Durante tu vida, y tu trabajo aquí, en Roma, en la Acción Católica, ¿no reflexionaste alguna vez sobre la posibilidad de hacerte hermanito? ¿No te pasó por la mente que tu vida cambiaría y que terminarías siendo religioso...?”

“No —le respondí—, nada de eso. Dios me llamó por sorpresa y, en pocos días, acepté que esa era su voluntad: que me fuese a África... Nunca antes me imaginé tal desenlace.”

El Papa me miró sonriente y dijo: “Eso ocurre con frecuencia. Uno termina donde jamás pensó... También a mí me ocurrió igual... jamás lo había imaginado.” Y siguió sonriendo, mientras miraba a lo lejos por una ventana que dejaba ver el lago de Castelgandolfo.

• • •

Dios, que es “sorpresa”, me trajo ahora a China. Pero no para hacer un viaje más: ya hice bastantes. Lo novedoso era que no lo esperaba y, sobre todo, no me esperaba lo que Él quería decirme justo aquí, en Hong Kong, ciudad tan igual y tan diferente de todas las demás; es como un gigantesco portaaviones al que llegan hombres de todos los continentes y donde el comercio, a escala mundial, logra que los chinos de la República Popular sonrían a los de Formosa y donde, en el mismo rascacielos, conviven japoneses, coreanos, americanos, europeos, árabes e hindúes, todos dispuestos a sonreír para que les vaya bien en sus negocios.

Mao Tse-tung decía: “En Hong Kong las gallinas ponen huevos de oro”, y por ello dejaba que siguiera manteniendo su estatuto especial, aunque —de quererlo— la hubiera podido ocupar en pocas horas.

Hong Kong me pareció la auténtica ciudad del mañana, anclada en aguas sin límites y con calles sembradas hasta lo increíble de templos idolátricos, como Corinto y Atenas en tiempos de san Pablo. Los nombres de estos templos eran: Bank of America, The Hong Kong Shanghai Banking Corporation, Bank of China, The Chartered Bank, Bank of Tokio, Banque Nationale de Paris, The Dresdner Bank, The Chase Manhatann Bank, The Hang Seng Bank, Bank of Bangkok, Amsterdam Bank, etc.

Es una lástima que las fachadas de estos templos sean completamente iguales y que la fantasía no tenga lugar en la moderna idolatría.

Pero la ausencia de fantasía e imaginación de estos templos es lo que me hizo encontrar una sorpresa muy bella en los jóvenes chinos con los que hablé.

Me explico.

Al saber que yo iba a llegar a Hong Kong, un grupo de amigos

chinos tuvo la bondad de traducir mis *Cartas desde el desierto* al cantónés y de publicarlas por capítulos en los diarios locales. No sé cómo pasó, sólo sé que, al llegar, fui asediado por los lectores. Nunca me había ocurrido tal cosa. Día y noche encontraba llamadas telefónicas, entrevistas, petición de reuniones, invitaciones.

El tema siempre era el mismo: el Evangelio de Jesús.

Todavía veo aquellos ojos brillantes de esos jóvenes chinos deseosos de conocer a Cristo y que me asediaban con sus preguntas.

Los templos de los ídolos paganos no habían conquistado a todos evidentemente. El Espíritu del Señor sobrevolaba por estas masas de jóvenes obreros, intelectuales y estudiantes preguntándoles sobre las realidades invisibles, el significado de la existencia y el porqué de la vida.

- Hermano Carlo, ¿puedo aprender a orar?
- ¿Cómo puedo pensar en la presencia de Dios en el mundo?
- ¿Qué significa traer el desierto a nuestra propia existencia?
- ¿Qué significa “Reino” de Dios?
- ¿Cómo debo vivir las Bienaventuranzas?

El Evangelio, sobre todo, los inquietaba. Aquellos jóvenes, educados en una de las muchas religiones de Hong Kong, sentían que sus catecismos eran viejos, sus prácticas, estáticas y sus instituciones, inmóviles.

Era evidente que no estaban contentos. Querían una palabra nueva, pero tal palabra les llegaba siempre desde afuera del Evangelio de Jesús.

Al ser más profunda la crisis religiosa en sus conciencias, más fuertemente golpeaba sus puertas el Evangelio, y el soplo del Espíritu se encargaba de hacerlo actual y apasionante.

Éstas eran las palabras que más los incitaban: Bienaventuranzas – Pobreza – Oración – Compromiso – Comunidad – Igualdad – No violencia – Contemplación – Gratuidad – Palabra de Dios – Espíritu.

Estos jóvenes, educados en los grandes colegios ricos y selectos

de la ciudad, se sentían atraídos hacia los pobres de los suburbios, los marginados, los oprimidos; y, frecuentemente abandonaban sus tradicionales prácticas piadosas, para recogerse a rezar en pequeños grupos espontáneos, que brotaban poco a poco en todas partes, y se reunían en los innumerables rascacielos que dan a Hong Kong la primacía sobre las ciudades modernas, al estar incrustada en una bahía que se disputa con la de Río de Janeiro el primer puesto en belleza.

Pero, también con Río disputa la primacía en las diferencias sociales, los desequilibrios en la distribución de las grandes riquezas, lo sublime y lo horrendo que implica tal mezcla de hombres que se cruzan ocultando sus lágrimas, deseosos de una felicidad inaccesible.

Exactamente aquí, en Hong Kong, en esta ciudad donde todos trabajan como hormigas, hay una ausencia casi total de la defensa de los intereses de los trabajadores, especialmente los más pobres. Mientras uno trabaja y rinda, se mantendrá, porque contribuye a la fabricación del monstruoso ídolo del poder; pero si cae enfermo o se hace viejo, se verá en la calle sin pensión ni asistencia.

Me decía una muchacha muy sensible y pobre: “Mi abuelo, al dejar su trabajo, quedó sin ninguna ayuda. Durante un tiempo se fue arreglando, pero, al llegar al límite de sus fuerzas, dejó una nota en casa y desapareció; desde una roca se había tirado a la bahía.” Los chinos prefieren con frecuencia morir en silencio, suicidándose, a continuar siendo una carga para su familia, numerosa y pobre.

¡Esto es terrible!

Mas es, precisamente, en estas situaciones inhumanas y feroces donde el fenómeno del Evangelio rompe la costra terrena e irrumpe en las conciencias.

Y yo lo he sentido de tal modo que —confieso— por primera vez en mi vida deseo seguir viviendo para anunciar la Palabra de Dios.

Nunca tuve ocasión de pensarlo. Por debilidad o por haber tenido experiencia de Dios, sé muy bien lo que me espera con la muerte; siempre he deseado que no se alargaran mis días sobre esta tierra.

Experimenté lo que dice san Pablo acerca de la idea de desembarazarse del peso de la tierra:

Cristo es mi vida, y de la misma muerte saco provecho. Pero veo que, mientras estoy en este cuerpo, mi trabajo da frutos, de modo que ya no sé qué escoger. Estoy apretado por los dos lados: por una parte siento gran deseo de largarme y estar con Cristo, lo que sería sin duda mucho mejor. Pero, pensando en ustedes, conviene que yo permanezca en esta vida.

Esto me convence; veo que me quedaré y permaneceré con todos ustedes; su fe progresará con esto y será más alegre (Flp 1, 21-25).

No se puede expresar mejor la actitud interior de quien vive de la fe y se siente atrapado entre el amor de Dios, que lo llama, y el amor a los hermanos, que lo preocupa.

“Sí, prefiero irme, pero... si puedo ser útil para el Evangelio, me quedo.”

En Hong Kong experimenté el gozo de anunciar la Buena Nueva.

¡Qué alegría es poder anunciar a los hombres que hemos resucitado en Cristo, que la historia camina hacia la vida, no hacia el caos, que nuestras lágrimas son tenidas en cuenta, que todo tiene significado porque Dios es el Viviente y el Padre!

Sí, por esto ya merece la pena vivir, merece la pena prolongar la propia existencia y merece la pena decir con el padre De Foucauld:

*“Por el Evangelio,
estoy dispuesto a ir hasta el fin del mundo
y vivir hasta el juicio universal.”*

* * *

Tenía una cita en el piso 17 de un inmenso bloque de viviendas populares, para entrevistarme con un grupo de jóvenes chinos.

Durante horas hablamos del Evangelio, del compromiso, de la oración.

“Hermano Carlo”, me preguntó un chino estudiante de arquitectura que vivía en Hong Kong, pero cuyos padres residían en la República Popular, cerca de Shangai, “he leído tus *Cartas desde el desierto* y desee conocerte. Estás tan entusiasmado con el tiempo que pasaste en el Sahara, que das la impresión de que aquella soledad es algo único. Yo no puedo ir allí. ¿Qué tengo que hacer? Para encontrar a mi Dios en la babel de mi ciudad, ¿cuál es el camino que debo recorrer? ¿Hay posibilidad? Si la hay, dime una cosa: ¿Por qué no escribes un libro que nos ayude a hallar nuestro desierto en la ciudad? Y no te olvides de China.”

Me sentí conmovido y, a la vez, comprendido hasta el fondo.

El joven estudiante me miraba con simpatía.

En ese momento nació en mi corazón *El desierto en la ciudad*.

A través de las ventanas veía la masa de rascacielos de Hong Kong que comenzaban a iluminarse porque anochecía.

Recordé que la misma escena de rascacielos iluminados la vi por vez primera en Nueva York: los rascacielos iluminados eran como diamantes.

Parece imposible que las cosas más feas adquieran vida y belleza al ser revestidas de luz.

No hay nada totalmente negativo. Hasta la ciudad, cloaca de corrupción, jungla de asfalto, puede tener su luz, su “transparencia”.

El desierto en la ciudad... seguía repitiendo yo, mientras miraba por la ventana yéndome lejos, muy lejos, hasta el origen de esa palabra *desierto*, depositada en mi corazón en el mejor momento de mi vida. Recordé en ese instante las noches saharianas, las dunas, los caminos interminables que hube de recorrer, la búsqueda de la intimidad con Dios, las inolvidables estrellas que, discretas, pintaban la dulzura de las noches africanas, símbolo profundo de la noche en que

estaba sumergida mi fe y en la que me sentía tan bien y tan seguro.

El desierto verdadero, el de arena y estrellas, fue mi primer amor, y nunca me apartaría de él si la obediencia no me ordenara irme lejos.

“Hermano Carlo, conoció ya lo absoluto de Dios; conozca ahora lo absoluto del hombre.”

Y partí en busca de los hombres.

Estaba trastornado y tuve que emplear algún tiempo para recobrar mi equilibrio y mi alegría profunda.

Pero Dios me hizo experimentar enseguida que no existía un “lugar” privilegiado donde Él habitaba, porque el Todo era el “lugar” donde habitaba, de forma que podía hallarlo en todas partes.

“Hacer el desierto en la propia vida” me decía, alejándome de a poco de lo estable de aquella soledad, y caminando hacia un mundo absolutamente diferente. No bastaba eso.

Me faltaba Hong Kong para decirme que también la ciudad tenía posibilidades de desierto y que también los rascacielos podían brillar como diamantes.

Bastaba con envolverlos en la oscuridad de la fe para que las luces resplandecieran como estrellas en la noche.

“Ahora no me cabe duda” dije a mi joven interlocutor... “Había decidido no escribir más libros”... Pero el tema de “el desierto en la ciudad” me gusta. Sana en mí y en todos los que, como yo, se enamoraron profundamente de la soledad, la impresión de querer huir.

Cosa fácil es esta tentación, especialmente en los perezosos.

¡Quizás!

¡Pero Dios es grande!

Y así, el seno estéril de Sara y la vejez de Abraham pueden traer un hijo, tan hermoso como Isaac..., si Dios lo quiere.



*Basta con querer algo y se lo encuentra.
Con un poco de imaginación, incluso un ático
puede convertirse en nuestra "pustinia", nuestro desierto,
donde podemos recogernos y disfrutar el silencio y la oración.
Lograr la unidad en nosotros mismos, hacer un poco de espacio
a nuestra vida interior continúa siendo un factor importante
para el equilibrio de nuestra existencia.*



2

*El desierto
en la ciudad*



Aquí estoy, pronto para responder a quien me pida ayuda para buscar en la ciudad la unión con Dios, la intimidad con el Absoluto, la paz y el gozo del corazón, para buscar al Invisible presente, a la Realidad divina, al Eterno.

Pongámonos de acuerdo: ¡no es nada fácil!

Vivimos en un siglo trágico, en el que los hombres, hasta los más fuertes, son tentados en la fe.

Es una época de idolatría, de agnosticismo, de temor; una época en la que el poder y la riqueza han oscurecido en el espíritu del hombre la búsqueda fundamental del primer mandamiento de la Ley: "Amarás a Dios con todo tu corazón".

¿Qué debemos hacer para vencer estas tinieblas que oprimen al hombre moderno? ¿Cómo enfrentar a este demonio del mediodía que ataca al creyente en la madurez de su existencia?

No dudo en dar una respuesta con lo que experimenté en mi propia piel, en un momento difícil de mi vida:

¡Desierto... desierto... desierto...!

Al pronunciar esta palabra siento cómo dentro de mí todo mi ser se agita y se pone en camino, manteniéndose, sin embargo, materialmente inmóvil allí donde se encuentra.

Se trata de tomar conciencia de que es Dios quien salva, de que sin Él me encuentro "en la sombra de la muerte" y que, para salir de las tinieblas, debo emprender el camino que Él mismo me indicará.

Es el camino del Éxodo, la marcha del pueblo de Dios desde la esclavitud de los ídolos a la libertad de la Tierra prometida, a la luminosidad y alegría del Reino, pero atravesando el desierto.

La palabra "desierto" es algo más que una expresión geográfica

que indica en nuestra mente un pedazo de tierra deshabitado, seco, árido y vacío.

Pero para quien se entrega al Espíritu que anima la Palabra de Dios, “desierto” es búsqueda de Dios en el silencio, es un puente colgante tendido por el alma enamorada de Dios sobre el abismo tenebroso del propio espíritu, sobre las profundas grietas de la tentación, sobre los precipicios insondables de los propios temores que obstaculizan el camino hacia Dios.

“Sí, este desierto silencioso y santo es una oración por encima de toda oración que conduce a la Presencia continua de Dios y a las alturas de la contemplación, donde el alma, totalmente pacificada, vive de la voluntad de Aquel que ella ama totalmente, absolutamente, continuamente”.¹

Les decía que la palabra *desierto* significa mucho más que un simple lugar geográfico.

Los rusos, que saben mucho y son maestros en este tema, lo llaman “pustinia”.

“Pustinia” puede significar desierto geográfico pero, al mismo tiempo, el lugar al que se retiraban los padres del desierto, el eremitorio, un lugar tranquilo donde alguien se retira para encontrar a Dios en silencio y oración, donde —como dice una mística rusa que vive en América, Catalina de Hueck Doherty— “puedo elevar a Dios los brazos de la oración y de la penitencia para expiar, interceder y reparar mis propios pecados y los de los hermanos. El desierto es el lugar donde recuperamos vigor para pronunciar las palabras de vida que nos recuerdan que Dios es la verdad. El desierto es el lugar donde nos purificamos y preparamos para actuar como tocados por la brasa que el ángel aplicó sobre los labios del Profeta”.

En todo caso, y aquí reside la característica que quiero resaltar, la “pustinia” para los rusos, y para nosotros que estamos en la misma línea espiritual de la experiencia mística, sigue al hombre donde vaya y no lo abandona cuando ya no necesita del desierto.

¹ C. De Hueck, Doherty: “Poustinia” ou le désert au coeur des villes, Cerf, Paris, 1977.

Si el hombre no puede encontrar el desierto, el desierto encuentra al hombre.

Por eso decimos “vivir el desierto en la ciudad”.

Háganse una pequeña “pustinia” en su casa, en su jardín, en su desván. No separen la idea de desierto de los lugares que frecuentan los hombres; piensen y, sobre todo, vivan esta expresión realmente exultante: *“El desierto en el corazón de la ciudad.”*

El padre De Foucauld, uno de los buscadores más activos de la espiritualidad moderna, construyó su eremitorio en Beni-Abbès, de tal forma que, con facilidad, podía estar atento a Dios y a los hombres en todo momento.

Y, cuando quiso rodearse de un alto muro, al llegar al medio metro detuvo la obra para permitir a los habitantes del oasis traspasarlo y poder verlo.

El muro quedó como “signo” de su aislamiento monástico. Y el desierto ocupó más profundamente su vida.

Sí, debemos poner el desierto en el corazón de los lugares habitados.

Es una forma concreta de ayudar al hombre de hoy.

Es un problema actual. Se habla de él insistentemente.

Está en el aire.

Un amigo mío, Pierre Delfieux, que pasó dos años conmigo en el Sahara, emprendió en París una forma de vida religiosa basada precisamente en el compromiso de vivir en la gran ciudad el ideal monástico de trabajo, oración, silencio, liturgia y caridad.

No me queda duda de que, en pocos decenios, cada ciudad será testigo del milagro de fundaciones “de choque” y del esplendor de algunos hombres y mujeres capaces de transformar “Babel” en Jerusalén y el “destierro” en lugar de oración.

* * *

Mientras tanto, comencemos poco a poco y lleguemos al proyecto inicial. Este libro fue concebido como una ayuda para pasar una semana de oración muy intensa, de búsqueda profundizada de Dios en medio de nuestras obligaciones.

Elige una semana cualquiera, no fantasees sobre las posibilidades y acepta la realidad tal cual es.

Ten cerca la Biblia como instrumento indispensable y apóyate en el amor que hay en ti.

En cuanto al lugar, no tengas prisa, ya que todo es “lugar” de Dios y “ambiente” de su presencia.

Para animarte, te diré que, cuando me convertí, encontré en el tren el “lugar” de mi oración.

Por razones laborales estaba hecho un constante viajero, y ya saben lo que es un vagón de ferrocarril que parte y llega, por la mañana y por la noche, lleno de obreros y estudiantes. Ruidos, risas, humo, alboroto, apretujones.

Pero yo me sentaba en un rincón y no me enteraba de nada.

Leía el Evangelio.

Cerraba mis ojos.

Hablaba y escuchaba a Dios. ¡Qué dulzura, qué paz, qué silencio!

La fuerza del amor era superior a la dispersión que trataba de abrir brecha en mi fortaleza.

Era en verdad uno conmigo mismo y nada me distraía.

Conquistado por el amor, me hallaba en paz.

Sí, era el amor el que afianzaba en mí la unidad.

Efectivamente, los enamorados que iban en el tren cuchicheaban entre sí en perfecta armonía, sin importarles nada lo que ocurría a su alrededor.

Yo cuchicheaba con mi Dios reencontrado.

“Pustinia”.

Construir el desierto en lugares habitados.

De un vagón de tren, hacer un lugar de meditación, y de las calles de mi ciudad, los claustros de mi convento ideal.

* * *

Te diré en seguida algo que es muy importante para quienes, como tú, están muy ocupados y dicen que no tienen tiempo para orar.

Considera la realidad en la que vives, los compromisos, el trabajo, las relaciones, las reuniones, las caminatas, los gastos, los periódicos que tienes que leer y los hijos a los que debes escuchar como algo de lo que no puedes desentenderte y en lo que debes pensar.

Te diré más: un todo a través del cual Dios te habla y te conduce.

No hallarás a Dios más fácilmente huyendo, sino que, al transformar tu corazón, verás las cosas de otra manera.

El desierto en la ciudad sólo es posible si ves las cosas con ojos nuevos, si las tocas con espíritu nuevo y las amas con corazón nuevo.

Teilhard de Chardin te diría que abrazándolas con corazón casto.

Lo que ya no se puede hacer es huir, alienarse, encerrarse entre sueño y realidad, escindirse entre lo que pienso y lo que hago, orar y después destruirme en la acción, vacilar entre Marta y María, permanecer eternamente en el caos, con el corazón dividido, no saber hacia dónde hay que volver la cabeza.

Ciertamente la realidad nos educa, ¡y de qué manera!

La realidad es el verdadero vehículo en el que Dios se encamina hacia mí.

En lo real encuentro a Dios más vitalmente que en todos los más bellos pensamientos que de Él o acerca de Él puedo tener.

En especial si se trata de una realidad dolorosa donde mi voluntad se ve sometida a duras pruebas y donde descubro con mayor claridad mi pobreza.

* * *

Escucha lo que me ocurrió al respecto.

Cuando partí hacia el desierto, dejé todo, siguiendo el llamado de Jesús: familia, dinero, casa. Dejé todo, menos... mis ideas sobre Dios, bien arraigadas, resumidas en un grueso volumen de teología que traje conmigo.

Y allí, en medio de las arenas, leía y leía, como si Dios pudiera ser contenido en una idea y como si, teniendo grandes ideas sobre Él, pudiera comunicarme con Él.

Mi maestro de novicios seguía diciéndome:

“Hermano Carlo, deje esos libros. Colóquese pobre y desnudo ante la Eucaristía. Vacíese, desintelectualícese, trate de amar... contemple...”

Pero yo no entendía nada de lo que me quería decir. Estaba bien aferrado a mis ideas.

Para que entendiera, para ayudarme a vaciarme, me mandaba a trabajar.

¡Madre mía!

¡Trabajar en el oasis, con un calor infernal, no es fácil!

Me sentía destruido. Cuando regresaba a la comunidad, no podía más.

Me dejaba caer sobre la estera, en la capilla, delante del Santísimo, con la espalda destrozada y con dolor de cabeza. Las ideas se volatilizaban como pajarillos que escapan de la jaula abierta.

No sabía cómo empezar a orar. Árido, vacío, acabado, de mi boca no salían más que gemidos.

La única cosa positiva que experimentaba, y que empezaba a entender, era la solidaridad con los pobres, los pobres de verdad. Me sentía al lado del que atendía la cadena de montaje o soportaba el yugo cotidiano. Recordaba la oración de mi madre y su carga de cinco hijos, o de los campesinos, que trabajaban doce horas al día durante el verano.

Si para orar se necesita un poco de descanso, aquellas buenas gentes no hubieran podido orar nunca. La oración que yo había practicado hasta entonces era la oración de los ricos, la de los cómodos y bien alimentados, dueños de su tiempo, que pueden acomodar su horario.

No entendía nada o, tal vez, comenzaba a entender las cosas verdaderas.

¡Lloraba!

Y las lágrimas corrían por la “gandura”¹ que cubría mi fatiga de pobre.

Y fue entonces, en ese estado de auténtica pobreza, cuando hice el descubrimiento más importante de mi vida de oración.

¿Quieres conocerlo?

La oración es cosa del corazón, no de la cabeza.

Sentí como si se abriese en mi corazón un torrente y, por primera vez, “experimenté” una nueva dimensión de la unión con Dios.

¡Qué aventura tan extraordinaria me estaba sucediendo!

No olvidaré nunca aquel instante.

Yo era como una aceituna prensada en la almazara.

A pesar del “tritramiento”, ¡qué indecible dulzura inundaba toda la realidad en que vivía!

La paz era total. El dolor aceptado por amor era como una puerta por la que pasé al otro lado de las cosas.

¹ N. del E.: túnica suelta, de forma rectangular y bordada, vestiment tradicional musulmana.

Intuí la estabilidad de Dios.

Desde entonces, pienso siempre que aquélla era la oración contemplativa.

El don que Dios hace de sí al que le ofrece la vida, como se lee en el Evangelio: *Quien pierde su vida la ballará* (Mt 10, 39).

¡Fuerza, pues!

Durante una semana trata de hacer “pustinia”, busca el desierto en el corazón de la ciudad, en medio de tus quehaceres.

Ten cerca la Biblia.

En ella encontrarás, para cada día, un tema de desarrollo con las indicaciones bíblicas necesarias.

Te marco incluso los Salmos y epístolas para la oración de la mañana y de la tarde.

En uno de esos días te confesarás con un sacerdote.

Procura acabar tu retiro con la conmemoración de la muerte y la resurrección de Jesús, que es el día del Señor, el domingo, participando en una liturgia eucarística para recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

* * *

Si crees que mi desierto en la ciudad da frutos inmediatos y sensibles, haz todos los días —o mejor todas las noches— una hora de oración contemplativa, y coloca tu cuerpo en una postura “orante”, como puedes ver en las ilustraciones de este libro.

¡Feliz desierto!

Lunes

La presencia de Dios

El tema de hoy es la presencia de Dios en nosotros, en la naturaleza y en la historia.

Te propongo que enriquezcas tu oración con los siguientes textos bíblicos en el correspondiente orden de su jornada.

LAUDES	Salmo 94 Salmo 139 Cántico de David (1 Co 22)
VÍSPERAS	Salmo 46 Salmo 104 Cántico del Cordero (Ap 4 y 5)
LECTURAS	Génesis 1 Isaías 59 Juan 1

El número de los Salmos corresponde a la numeración hebrea, tal como figura en las traducciones modernas de la Biblia.



También el cuerpo tiene su papel en la oración.

También el lugar.

*Debemos llevar a cabo la unión más plena en nosotros
y fuera de nosotros.*

*La posición externa se vuelve algunas veces testimonio de nuestra fe,
y ayuda a mantenerse en el recogimiento y en la humildad
y, frecuentemente, en la fatiga de la plegaria.*



3

*La presencia
de Dios*



No sé qué te pasó a ti, sí sé lo que me pasó a mí.

Dios llegó a mi corazón como una gran parábola. Cuanto me rodeaba me hablaba de Él:

El cielo me hablaba de Él,
la tierra me hablaba de Él,
el mar me hablaba de Él.

Era como un secreto que estaba escondido en todas las cosas visibles e invisibles.

Era como la solución de todos los problemas.

Era como el Personaje más importante que entraba en mi vida y con el que debía haber vivido siempre.

Pronto me sentí atraído hacia Él como "*Presencia siempre Presente*", que me miraba desde todas las hojas del bosque por el que caminaba y desde las nubes que cabalgaban vivas sobre mi cabeza.

Nunca tuve dificultad en percibir la presencia de Dios, especialmente cuando era pequeño. Me hubiera resultado extraña e inverosímil su ausencia.

En Dios, me sentí
como pájaro en el aire,
como leña en el fuego,
como niño en el regazo de su madre.

Esta última imagen fue la más intensa, la más auténtica y la que crece en mí cada vez más.

Creo de veras que el regazo de una mujer cobijando a un niño es el símbolo de todo el universo, la visibilidad de las cosas invisibles y el signo de cómo procede Dios para hacerme su hijo.

En Él "vivo", respiro y gozo de su presencia generadora, aunque —y por ello sufro— no sea todavía tiempo de ver su Rostro divino, como dice la Biblia, *tal como es* (1 Jn 3, 2).

Es pronto todavía.

* * *

La experiencia de la presencia de Dios en todas las cosas, en todas las situaciones, no es solamente mía, sino del Pueblo de Dios, o sea, de aquellos que creen, de los hijos de Abraham, como los llama la Biblia.

He aquí cómo nos habla el Salmo 139, representación de la auténtica experiencia de un pueblo que, a lo largo de los siglos, se pregunta cuál era su historia:

*Señor, tú me examinas y conoces,
sabes si me siento o me levanto,
tú conoces de lejos lo que pienso.
Ya esté caminando o en la cama me escudriñas,
eres testigo de todos mis pasos.*

Y continúa en un *crescendo* maravilloso:

*¿A dónde iré lejos de tu espíritu,
a dónde huiré lejos de tu rostro?
Si escalo los cielos, tú allí estás,
si me acuesto entre los muertos,
allí también estás.*

*Si le pido las alas a la aurora
para irme a la otra orilla del mar,
también allá tu mano me conduce
y me tiene tomado tu derecha.*

Si digo entonces:

*“¡Que me oculten, al menos, las tinieblas
y la luz se haga noche sobre mí!”
Mas para ti no son oscuras las tinieblas
Y la noche es luminosa como el día.*

* * *

Es fundamental la experiencia de la presencia de Dios en la naturaleza, en la historia y en mí.

Es la sustancia de la fe.

Poco a poco debo lograr vivirla, sentirla día y noche, notarla al trabajar o al descansar, gozar de ella cuando rezo o cuando amo.

¡Siempre!

¡Las veinticuatro horas del día!

Tal es el camino que me lleva a vivir en el Reino de Dios y que es la unión entre el Cielo y la Tierra, entre Dios y el hombre.

Entendámonos: no es que nosotros establezcamos la unión con Dios; esa relación existe ya, incluso antes de que la percibamos.

Es algo absoluto, pues nada existe fuera de Dios.

En Dios *vivimos, nos movemos y existimos* (Hch 17, 28), y éste es el fundamento de toda la realidad, la explicación del Ser, el significado mismo de la Vida y la fuente permanente del Amor.

A nosotros nos toca tomar conciencia de ello, percibirlo en la fe, profundizarlo en la esperanza y vivir en la caridad.

Es la historia del niño que poco a poco descubre a la madre y al padre; de la mujer que encuentra al esposo, del hombre que encuentra al amigo.

Y, sin embargo, la madre y el padre existían ya, el esposo existía ya y el amigo también.

Dios existía ya. Nosotros hemos de descubrirlo, no crearlo.

La presencia de Dios en nosotros, en el Cosmos, en lo Invisible, en el Todo, es total.

Nunca se encontrarán en un lugar, en una situación donde Él no esté.

¿Adónde iré lejos de tu espíritu, adónde huiré lejos de tu rostro?

Es necio pensar que Él está en la iglesia y no en la calle; en el Santísimo y no entre la gente; que está en la felicidad y no en nuestro dolor; en lo que es luminoso y fácil, y no en los terremotos y diluvios.



Dios está siempre presente.

Así he llegado a sentirlo en todas partes, y ahí está mi fuerza, como dice Juan: *La victoria en que el mundo ha sido vencido es nuestra fe* (1 Jn 5, 4).

Lo veo en el origen de todas las cosas, en el fondo de todo acontecimiento, en la transparencia de todas las verdades, en el contenido de todo, amor.

¡Siempre!

Y por eso soy feliz.

Y no me siento nunca solo.

Lo que le debo a Él, como presencia, es haberme librado de todo temor y que, al curarme de los infinitos complejos que habitaban en mí, me da día a día el sentido absoluto de “liberación”.

No tengo miedo de nadie desde que sólo lo temo a Él.

No se trata de un temor servil, sino del muy dulce temor de sentirme niño ante un Padre sensacional que me ha comunicado infinidad de cosas, pero me esconde todavía una infinidad más.

Mi temor está vinculado a su “Misterio”.

Y esto no me desagrada, porque así, todos los días, cuando hablo con Él, encuentro un montón de novedades, ya que no existe mayor novedad que el Misterio.

Y ese montón no se agota nunca.

* * *

Sí, Dios está presente en mi vida, está presente en la historia, está presente en los acontecimientos, está presente en la naturaleza, está presente en todo lo que existe.

Eso significa creer en Dios, esperar en Dios, amar a Dios.

La tentación que puede tener origen en nuestro pasado cultural, o sea, la infancia de la humanidad, es la de pensar en un Dios antropomórfico, imaginándolo como un anciano sobre las nubes blancas, como un ojo en medio de un triángulo equilátero; ahora, como nunca, comprendo la importancia del consejo del Deuteronomio:

Por tanto no vayan a corromperse: no se hagan un ídolo, o sea, cualquier cosa esculpida con forma de hombre o de mujer; ni con forma de algún animal de los que viven en la tierra, o de algún ave que vuela en el cielo; ni de algún reptil de los que se arrastran sobre la tierra, ni de algún pez de los que viven en el agua debajo de la tierra (Dt 4, 16-18).

Mediten bien lo que van a hacer. Ustedes no vieron figura alguna el día en que Yavé les habló en el monte Orbe en medio del fuego (Dt 4-15).

* * *

La trascendencia de Dios no necesita hacérseme presente a través de una figura que sólo sirve para deformarla; se me presenta como un *signo* que la indica: la belleza, la casa y el convite, el Cielo y la Tierra.

Pero el signo nunca se posesiona de la presencia, ni la convierte en un instrumento, ni es capaz de limitarla.

No es más que un signo, sólo eso, un signo, extraordinariamente transparente.

Pero la presencia va más allá del signo, al igual que mi vida va más allá de mi cuerpo, y mi deseo se proyecta más allá de mis posibilidades.

La presencia de Dios está en la sustancia del cosmos, en la sustancia del hombre y en la sustancia de la historia. No está delante de, sino dentro de, aunque ese estar dentro nunca la condiciona, ya que, al ser trascendente, no se identifica en ningún caso con su continente, tal como el cuerpo en que habito no limita mi persona, que, como misterio que es, va siempre más allá de él y lo supera hasta el infinito.

Sí, el misterio de Dios es el misterio de la Persona, y en el fondo nosotros, creados *a su imagen y semejanza* (Gn 1, 27), reproducimos el molde.

Dios es inmanente al Cosmos y al mismo tiempo lo trasciende.

El misterio de la Trinidad es el misterio de la trascendencia de Dios, nunca condicionada por la unicidad de su naturaleza. Es el Amor el que libera de los condicionamientos.

La Vida, que es el Padre, dice a la Luz, que es el Hijo: "Te amo".

De esta afirmación y de la respuesta “Yo también te amo”, procede el amor, que es el Espíritu Santo.

Y queda realizada la comunicación.

* * *

Quien establece la comunicación es el amor. En realidad, sales de la soledad con el amor.

Hasta que no llegues a amar, permanecerás en la inmovilidad de su naturaleza. Cuando el amor te invada, despertarás de pronto y percibirás al Otro.

El Otro en absoluto es Dios, y sustituye sin eliminarlos —por el contrario los armoniza— a todos los otros que en el ámbito de tu experiencia aparecen en tu camino: la materia y el espíritu, el sentimiento y la razón, la alegría y el dolor, lo visible y lo invisible, la Tierra y el Cielo, el tiempo y lo eterno, la belleza y la lógica, la casa y el Reino, la muerte y la resurrección.

Dios es de verdad el todo, la razón de todo, la llave de todo.

Si crees en Él, contemplarás el todo como el Viviente que te contempla desde todo su Ser y te abraza como a hijo muy amado.

Crear en Dios significa luz, paz, gozo y exultación.

No creer significa oscuridad, tristeza, inmovilidad, muerte.

* * *

La comunicación entre Dios y yo es radical como la que se da entre el feto y el vientre que lo contiene.

El feto soy yo, y el vientre, todo el universo en su fecundidad vital y en la dinámica de la evolución que es la historia.

Yo me siento observado por Dios a través de la luz en que estoy

inmerso y de las estrellas que me asombran, y me siento tocado por Él en el viento que me acaricia, las aguas que me bañan, el hambre que me agujonea y la materia que al chocar contra mí, me hiere.

Siento cómo Él engendra en la artesa llena de pan, al amigo que me habla, el dolor que me hace llorar y la alegría que me exulta.

Jamás estoy fuera de Él, lejos de Él, sin Él.

Si el orar lo entendemos como “estar en Dios”, puedo decir que oro en todas partes, porque su templo está en todas partes.

Decir: “No puedo orar porque tengo que trabajar” es una tontería.

¿Quién te impide orar mientras trabajas? ¿No es mejor pensar que trabajando estás en oración?

¿Por qué reducir la oración a una palabra, un pensamiento, un lugar, un momento?

Trata de ver más lejos.

Si consideramos que orar es comunicarse con una Presencia y que esta Presencia está en todas partes, tú puedes estar siempre en oración.

Lo importante es comunicarse.

Porque comunicarse es amar.

Y amando oras, pues el amor lleva hasta la persona amada; puedes amar hablando, llorando, pensando, caminando, durmiendo: siempre... siempre... siempre. Las veinticuatro horas del día.

¿Qué necesario es dejarse “tentar” por el sentido de la inmanencia de Dios, al verlo en todas partes! Dios en las cosas, Dios en la naturaleza, Dios en todo lugar, como decía el viejo catecismo de Pío X. No temas exagerar.

El personalismo cristiano, la realidad de la Trascendencia, la contemplación de la Trinidad, nos sacarán de los peligros del inmovilismo de la inmanencia, y nos harán exclamar: *Padre nuestro que es-*

tás en los cielos, colocándonos continuamente con su dinámica en la plenitud de la relación de Jesús.

Pero se debe empezar experimentando a Dios en la naturaleza, en el encuentro con los hombres, en la investigación científica, en el compromiso social, en los fenómenos físicos, en el esplendor de los atardeceres, en la fuerza del mar, en el grano que muere.

El ateísmo moderno se nutrió excesivamente de nuestra piedad infantil del Medioevo, donde todo era trascendencia, y la propia encarnación tenía miedo del cuerpo de 'los hombres y de la dinámica de la evolución.

Y por eso, en la Universidad, las facultades más peligrosas para la fe son las de medicina, física, química, biología, es decir, las que se refieren más de cerca a lo creado, a la materia.

Pero el día —y está cercano— en que descubramos un lenguaje nuevo y el Espíritu se pose sobre los investigadores con la vehemencia con que se posó sobre Teilhard de Chardin en el desierto, cuando tuvo la experiencia de la Materia y sintió que la piedra en la que reclinó la cabeza para pasar la noche estaba viva y llena de la misma presencia de Dios, ese día entonarán, como él, el himno de la Materia, como un comentario maduro del mundo moderno al libro del Génesis.

Bendita tú, desnuda Materia, tierra árida, dura roca; tú que no cedes mas que ante la violencia, y nos obligas a trabajar si queremos procurarnos el pan.

Bendita seas, peligrosa Materia, madre terrible que nos devorarías si no te encadenásemos.

Bendita seas, Materia universal, duración sin límites, río sin riberas, triple abismo de estrellas, átomos y generaciones, tú que desatas nuestras frágiles medidas y nos revelas las propias dimensiones de Dios.

Bendita seas, impenetrable Materia, que, entretejida siempre en-

tre nuestras almas y el mundo de las esencias, haces languidecer nuestro deseo de rasgar el velo inconsútil de los fenómenos.

Bendita seas, Materia mortal que, separándote un día en nosotros, nos introducirás obligadamente en el propio corazón de lo que es. Sin ti, sin tus ataques, sin tus arrebatos, viviríamos inertes, pueriles, ignorantes de nosotros mismos y de Dios.

Tú que hieres y curas, tú que restauras y pliegas, que derrumbas y reconstruyes, que encadenas y liberas, linfa de nuestra alma, Mano de Dios, Carne de Cristo, Materia: te bendigo.

Yo te saludo, fuente armoniosa de las almas, limpio cristal del que saldrá la nueva Jerusalén.

Te saludo, "ambiente divino", lleno de poder creador, océano agitado por el Espíritu, arcilla amasada y animada por el Verbo encarnado.

Sí, entre el ateísmo moderno y la fe no hay más que un velo tenue, muy tenue. Yo lo sentí en mí y ¡con qué alegría lo rompí!

Ahora me siento uno.

Uno conmigo mismo.

Uno con mis hermanos.

Uno con la naturaleza.

Uno con las galaxias.

Uno con Dios.

Y vivo de alegría, porque ser uno con el Uno del Todo es la fuente de la más profunda alegría humana.

Si el Todo es Uno y la infinita multiplicidad de las cosas es conducida hacia la Unidad del Ser divino, esto significa que, sobre todas las cosas, domina el Amor, que es Dios mismo, y que las actuales situaciones de guerra, egoísmo u oscuridad desaparecerán con la madurez del hombre redimido y salvado.

Si el Todo es Uno, esto quiere decir que la paz está en camino y que el banquete de mi casa es la señal de un banquete universal que Jesús ha definido como Reino, es decir, el “Dios con nosotros”, donde toda la humanidad hallará su felicidad, y la historia, su armonía triunfadora sobre el caos.

* * *

Me pediste, hermano, que te ayude a encontrar a Dios en la ciudad, a vivir tu desierto en medio de la jungla de asfalto que recorres cada día, a sentir su presencia allí donde estés.

Y he cumplido.

Te he dejado en tu casa.

Te presenté las cosas que ves, las situaciones que vives como el “lugar” de Él, el “ambiente” de su presencia, la forma de ser de su lógica, sus manos que te tocan, la realidad fecunda que te está engendrando. Ahora, párate ante la ventana más amplia que encuentres, sal al mejor lugar para abarcar con la mirada la mayor cantidad de cosas que puedas y, cayendo de rodillas en la humildad de tu corazón de pobre que busca, di conmigo:

*“Ven, Espíritu Santo,
y envía desde el Cielo
un rayo de tu luz.
Ven, Padre de los pobres,
ven a darnos tus dones,
ven a darnos tu luz.*

*Consolador lleno de bondad,
dulce huésped del alma,
suave alivio para el hombre.*

*Descanso en el trabajo,
templanza en las pasiones,
alegría en nuestro llanto.*

*Penetra con tu santa luz
en lo más íntimo
del corazón de tus fieles.
Sin tu ayuda divina
no hay nada en el hombre,
nada que sea inocente.*

*Lava nuestras manchas,
riega nuestra aridez,
cura nuestras heridas*

*Suaviza nuestra dureza,
enciende nuestra frialdad,
corrige nuestros desvíos.
Concede a tus fieles,
que en ti confían,
tus siete sagrados dones.
Premia nuestro esfuerzo,
salva nuestra almas,
danos la eterna alegría.
Amén.*

Martes

Todo es signo de Él

Todo es signo de Dios. No hay lugar vacío de su presencia. Me debo habituar a esto para poder mantener el desierto en la ciudad y vivificarlo con su amor.

LAUDES	Salmo 42 Salmo 18 Cántico del Eclesiástico (Si 42 y 43)
VÍSPERAS	Salmo 16 Salmo 130 Cántico de Zacarías (Lc 1, 68-79)
LECTURAS	Éxodo 16 Carta a los Colosenses (entera) Juan 13



El punto focal del gran ecumenismo futuro de los creyentes de todo el mundo será precisamente la oración, es decir, el modo de vivir el acto de fe de la presencia del Absoluto en nosotros. Observen el rostro de este hombre que reza. Es evidente su experiencia de estar "habitado" por el Espíritu de Dios. Es precisamente en el centro de nosotros mismos donde hallaremos la unidad entre todos los hombres.



4

*Todo es signo
de Él*



Dios está presente en todo, y todo es signo de Él.

Así como mi cuerpo visible es signo de mi persona y la indica, de igual modo lo visible y lo invisible son signos de Dios, y lo anuncian continua e inexorablemente.

No existe una célula, ni un átomo, ni una coma que pueda escapar de la unidad del todo que los signos indican con una lógica, una armonía y una unidad inexorables.

Los signos me contaron mi historia, me explicaron mis deseos e iluminaron mis interrogantes.

El signo de un nido de pájaros o de una madriguera de zorros sintetizó, para mí, el alma del universo entero, y la ley de Newton sobre la atracción de los astros me anticipó el prólogo del Evangelio de Juan.

La lógica de una combinación química me ejemplifica la mutua dependencia entre los hombres y las cosas, y la simple impenetrabilidad de los cuerpos me confirma el espacio de mi libertad.

Pero donde el signo se hace señal constante, indicación unívoca de lo que quiere indicar y anunciar, es al anunciar e indicar una Presencia distinta de mí.

Todas las cosas que veo, los ruidos que escucho, cada amanecer que se reitera, cada encuentro que realizo, todo es signo de algo, de alguien que me ha precedido y me interroga: Dios.

Es verdad que siempre puedo decir: "No creo en eso".

Existe en mí —y es el verdadero pecado en el que estoy sumergido— la capacidad de no creer, de decir no a la esperanza, la posibilidad de no querer amar; pero sepan una cosa: el signo no cesará de interrogarme, aunque deba esperar hasta el fin de los tiempos.

En mi estupidez puedo decir: "No tengo documentos acerca de tu identidad, no te creo... Es posible que procedas de una generación espontánea, que te hayas hecho solo, que seas fruto del acaso, pero no es ciertamente éste el camino para obtener en mí la paz y la alegría.

Cuanto mucho, puedo alcanzar cierta calma, una pizca de melancolía y una indiferencia árida.

La alegría exultante y la felicidad no estarán nunca conmigo y se me negará siempre una unión amorosa.

* * *

Para aprender los signos que ves y entender su significado, debes ser pequeño y humilde de corazón.

¡Es indispensable!

Parece tonto, pero justamente por este motivo muchos permanecen fuera de la verdad: *Por más que oigan no entenderán, y por más que miren no verán* (Mt 13, 14).

¡Y Dios pasa al lado de ellos!

Jesús tiene palabras de amenaza, al ver la gravedad de esta situación: *Si no cambian y no llegan a ser como niños, nunca entrarán en el Reino de los Cielos* (Mt 18, 3).

¿Entiendes?

¡No entrarán!

Entrar en el Reino significa, por empezar, entender las cosas, percibir el argumento de que el "Invisible presente" se manifiesta por medio de los infinitos signos en que estamos inmersos:

- ~ como una gota en el océano,
- ~ como una hoja en el bosque,
- ~ como una hormiga en una montaña.

Pero para entrar, para entender, has de tener un corazón de niño.

Debes pedírselo.

¿Cómo puedes entender con la sola ayuda de tu inteligencia?

El misterio de Dios está en el corazón del hombre y, aunque se haga sentir en su cerebro, sólo halla respuesta en el amor.

Amando, entenderás.

De hecho, el amor es la comunicación.

El signo se explica, se interpreta y se entiende en el amor.

Tú ves tu casa, y, por el amor, ésta se convierte en el signo de otra casa: el Paraíso.

Ves un banquete nupcial y éste, para el pueblo de Dios, que ama, se convierte en el signo de otro Banquete Nupcial donde se manifiesta la intimidad entre Dios y el hombre.

Para el que ama, el tiempo es la antítesis de lo eterno, tal como el espacio es la primera letra del alfabeto del "no espacio", lo visible es el ambiente ideal de lo Invisible, y la violencia y la guerra fomentan en el corazón el sueño de la paz universal.

La muerte ahonda en el primer interrogante sobre un Dios que renueva todas las cosas y que puede hacer que su Hijo resucite de entre los muertos.

* * *

No temas, hermano.

Sé que es difícil creer, pero te aseguro que es más difícil no creer.

Esfuézate en tener corazón de niño, ojos de niño, y todo te resultará más fácil.

Fija tus ojos en las cosas, lee en ellas: no creas que pierdes el tiempo paseando por la orilla del mar u observando en el microscopio.

pio la armoniosa estructura de lo infinitamente pequeño.

La intuición de Dios, la fe en Dios, nace justamente allí, en el signo que tienes delante y que te mira, no inútilmente ni por casualidad.

No pienses solamente que estás mirando las cosas; esfuérzate en creer que las cosas te miran a ti: Dios te mira a través de todas las luces de la ciudad cuando llega la noche y de todas las nubes que, como rebaños en marcha, avanzan sobre tu cabeza.

Dios te abraza con el viento que desordena tus cabellos, y te besa con el primer sol del amanecer.

Las manos de Dios que te tocan pueden ser los instrumentos de tu trabajo cotidiano, y su saludo, el silbido del tren que circula sobre el puente cerca de tu casa.

Si quieres que los signos de la Creación que te rodean no te distraigan, llénalos de la presencia de Dios.

Ellos te hablarán de Él. Si quieres que las calles que recorres sean el camino hacia tu convento ideal, míralas a la luz de su presencia.

El trabajo ya no será una obligación que te aparte de la oración, si lo realizas como un acto de obediencia a su Palabra que resuena en tus oídos: *“Con el sudor de tu frente comerás tu pan”* (Gn 3, 19).

Los hombres, con sus interminables contradicciones, ya no serán instrumentos que te distraigan, si te esfuerzas en verlos como los veía Jesús, sintiendo hacia ellos lo mismo que Él sentía: *Siento compasión por esta gente* (Mc 8, 2).

La presencia de Dios que llega a través de los signos convertirá el ambiente en que vives en un templo ideal en el que podrás *adorarlo en espíritu y en verdad* (Jn 4, 24). ¿Puede existir un desierto más vivo si ves que en el suyo habita el Viviente?



Avancemos ahora un paso más.

La presencia de Dios que llega a ti a través del signo es sólo el primer paso.

¡Pobres de nosotros si Dios se hubiera detenido ahí!

Estaríamos aún en el jardín del Edén y lo buscaríamos bajo los árboles y mantendríamos con él unas relaciones de buena vecindad.

¡Muchas cosas han ocurrido desde entonces a impulsos de un amor tan intenso como es el amor de Dios!

Dios no quiere que seamos sólo sus vecinos, nos ha llamado para ser hijos. No se contenta con decirnos: "Buenos días", sino que toma sobre sí nuestras angustias y nuestras limitaciones, hasta morir por nosotros.

No nos ofrece un encuentro de ideas y pequeñas oraciones, sino una alianza de sangre. ¡Es para emocionarse si medimos la amplitud de sus designios hacia nosotros!

Estoy tentado de pensar que es una necesidad aprender a creer poco a poco en lo que Él nos dice, porque si creyésemos de verdad, totalmente y repentinamente en su Palabra, enloqueceríamos de alegría.

Pero retomemos el concepto de *presencia*.

La presencia de Dios en las cosas, en la historia y en mí es una presencia vital.

Dios, amándome, me engendra y me hace su hijo.

Su presencia en mí es una presencia creadora.

No obstante, distingamos dos tiempos en esta generación filial.

El tiempo no conocido e inicial del Génesis, cuando el Espíritu se *posa sobre las aguas y crea* sin pedirme permiso, haciéndome tierra amasada, fragmento de estrella, flor del campo, animal armonioso, y el tiempo que es *la madurez de los tiempos*, en el que, como a María, el Espíritu me *cubre con su sombra* y solicita mi "sí".

Debiendo hacerme hijo suyo a su imagen, me hace libre, al que-

rer invitarme a entrar en su intimidad familiar, me da la posibilidad de huir de casa.

El misterio de nuestra libertad nace de la grandeza de su amor, porque no hay amor verdadero y grande sin libertad.

Dios quiere de nosotros un amor libre, porque el amor es un absoluto.

Y los absolutos no se imponen.

El propio Dios no me puede imponer que lo ame.

Por esto, su propuesta es siempre una que Él llama Alianza y que, en su plenitud, al Evangelio le agrada dar el nombre de Reino.

El Reino de los Cielos está cerca, anuncia el Bautista (Mt 3, 2).

El Reino de Dios ha llegado a ustedes, confirma Jesús (Mt 12, 28).



El Reino de Dios... es Dios con nosotros.

Es la noticia de que Dios plantó su tienda entre nosotros.

Es una noticia tan gozosa que se la llamará la Buena Nueva.

He aquí el resumen del Evangelio que fue anunciado a los hombres y que es capaz de revolucionar el significado de nuestra vida.

Juan sintetiza el anuncio en su famoso prólogo que, por sí solo, es suficiente para hacernos felices:

*En el principio era la Palabra,
y la Palabra estaba ante Dios,
y la Palabra era Dios.
Ella estaba ante Dios en el principio.*

*Por Ella se hizo todo,
y nada llegó a ser sin Ella.*

*Lo que fue hecho tenía vida en ella,
y para los hombres la vida era luz.
La luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la recibieron.*

*Ya estaba en el mundo,
este mundo que se hizo por Ella,
este mundo que no lo recibió.*

*Vino a su propia casa,
y los suyos no lo recibieron;
pero a todos los que lo recibieron
les dio capacidad para ser hijos de Dios.*

*Al creer en su Nombre han nacido,
no de sangre alguna, ni por ley de la carne,
ni por voluntad de hombre,
sino que han nacido de Dios.*

*Y la Palabra se hizo carne,
puso su tienda entre nosotros,
y hemos visto su Gloria:
la Gloria que recibe del Padre el Hijo único;
en él todo era don amoroso y verdad (Jn 41-5; 1-14).*

De ahora en más, la historia de la Tierra es la historia del Cielo.
Dios y el hombre están ligados en un único destino.
Los intereses del hombre son los intereses de Dios.
Las casas del hombre son casas de Dios.
Un Reino único acoge a Dios y al hombre: el Reino de los Cie-



El Reino al que *“Dios nos trasladó, y nos arrancó del poder de las tinieblas”* (Col 1, 13-14) se llama Reino de los Cielos.

Esta definición indica que se trata de un reino oculto, porque cielo significa “oculto, escondido”.

Es un indicio importante. Yo, como hombre, como ciudadano de esta Tierra, pertenezco a un Estado y tengo un pasaporte, pero tengo asimismo otro pasaporte en el bolsillo: el del Reino de los Cielos.

Soy como un guerrillero actuando en un país por conquistar, pero al que piensa conquistar.

Si obro en serio, enseguida me doy cuenta de que debo llevar la contra a alguien; más aún, ahora veo con claridad que los regímenes totalitarios e ideologizados no me soportarían y, si me encuentran, tratarían de eliminarme o de ponerme trabas.

Pero yo no intento eliminar a nadie; en mi pasaporte de seguidor de Cristo está escrito:

“Felices los compasivos.

Felices los que trabajan por la paz.”

Y añade:

“Felices los que son perseguidos.”

¡Qué Reino extraño!

¿Quién lo entiende?

Lo que está bien claro en el contenido de este Reino es que empieza hoy, empieza a partir de mi conversión, y no espera a mi muerte para hacer que yo actúe.

¡Hoy!

¡Es un Reino de hoy!

Debo actuar hoy.

Sí, se trata de un Reino que no tendrá fin, que saltará la propia frontera de la muerte, que se agrandará sobremanera más allá del tiempo, que es *escatológico* —como nos gusta decir—, pero que está ya entre nosotros y que a todos los efectos nos compromete.

* * *

Nada como la *Carta a Diogneto* resume, de la manera más exacta, la posición de los cristianos, en tiempos del Imperio romano, como guerrilleros del Reino de Dios.

Y no por nada, los romanos creían que los cristianos iban a derrocar el Imperio. Sin embargo, los cristianos pensaban algo muy distinto y decían:

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres por el país, ni por el idioma, ni por el vestido.

No viven en ciudades propias, no se sirven de dialectos raros; su vida no tiene nada de particular.

No se guían, como tantos otros, por normas de una doctrina humana.

No se agrupan en ciudades griegas o bárbaras conforme a loteos establecidos.

Se atienen a los usos locales, tanto en el vestir como en el comer y el modo de vivir, aunque poniendo de manifiesto las leyes extraordinarias y realmente paradójicas de su república espiritual.

Residen cada uno en su propia patria, pero como extranjeros que esperan.

Asumen todos sus deberes de ciudadanos y aceptan sus tareas, como si fueran extranjeros.

Toda tierra extranjera es su patria, y toda patria es para ellos tierra extranjera.

Por ello, están en la carne, pero no viven según la carne.

(Carta a Diogneto, 5)

* * *

Te pondré seguidamente un ejemplo de cómo se recluta a alguien para el Reino de los Cielos.

Así nos lo cuenta Lucas en el capítulo 19 de su Evangelio:

Habiendo entrado Jesús en Jericó, atravesaba la ciudad. Había allí un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los cobradores de impuestos y muy rico. Quería ver cómo era Jesús, pero no lo conseguía en medio de tanta gente, pues era de baja estatura. Entonces se adelantó corriendo y se subió a un árbol para verlo cuando pasara por allí. Cuando llegó Jesús al lugar, miró hacia arriba y le dijo: "Zaqueo, baja en seguida, pues hoy tengo que quedarme en tu casa." Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría.

Entonces todos empezaron a criticar y a decir: "Se ha ido a casa de un rico que es un pecador." Pero Zaqueo dijo resueltamente a Jesús: "Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y a quien le haya exigido algo injustamente le devolveré cuatro veces más." Jesús, pues, dijo con respecto a él: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también este hombre es un hijo de Abraham. El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 1-10).

* * *

Y Zaqueo fue reclutado. A partir de aquel momento ya experimentó lo que es el Reino de los Cielos. Comprendió quién es el Rey y qué es lo que quiere; escuchó en lo más íntimo de su ser la llamada y respondió con valentía.

En ese encuentro, entre la llamada de Dios y la aceptación concreta, entre la exigencia de ser pobre "*felices los pobres*" y el desprendimiento concreto "*voy a dar la mitad de mis bienes*"; es donde se da precisamente el *acontecimiento*.

El Reino de los Cielos no es una cortesía, simple palabrería, o promesa vaga es un hecho real, es el encuentro de dos voluntades serias y auténticas, es una conversión a la Luz, al Amor, a la Vida, precisamente porque Dios es Luz, Amor y Vida.

* * *

¡Date cuenta de lo lejos que nos encontramos del Reino de los Cielos!

Da miedo pensarlo.

Lo nuestro es palabrería, sólo palabrería y siempre palabrería.

¿Para qué sirve?

Esta frase es de Jesús: "*No bastará con decirme: ¡Señor!, ¡Señor!, para entrar en el Reino de los Cielos; más bien entrará el que hace la voluntad de Padre del Cielo* (Mt 7, 21).

Para entrar es necesario mi "actuar", no mi "decir".

Dios nos pide el compromiso de todo nuestro ser.

Es una verdadera y continua conversión.

En el Reino lo que cuentan son los hechos.

* * *

Hay, no obstante, un hecho que propiamente no lo es y que tiene carta de ciudadanía en el Reino de los Cielos: *"el deseo de los pobres"*.

Inmenso como el océano.

Hermoso como la luz.

Ardiente como el fuego.

El "deseo de los pobres" es la tensión dolorosa del hombre hacia un sueño más grande que él.

Ocurre cuando Dios habita en el hombre y le transmite su calor.

En la debilidad y en los límites de un pobre hombre se hace vivo el deseo del mismo Dios.

Es entonces cuando, postrado en el lecho por la enfermedad, recorres todas las misiones del mundo y, humillado por tus pecados, languideces tras sueños de luz y santidad.

No hay límites para el "deseo de los pobres" cuando entran en las Bienaventuranzas del Señor de la Vida.

Y en tal deseo logran identificarse más con la misma Vida, penetrar en su Luz y anticipar su Amor sobre la Tierra.

La mayoría de los hombres de la Tierra no logra realizarse en la acción.

Quienes por debilidad, quienes por pobreza, quienes por ignorancia, fracasan en la senda del hacer. Abatidos, humillados, sin trabajo, no les queda otra cosa que echarse a llorar.

Pero después del llanto, después del trituramiento, logran entender quién es Dios y qué quiere de ellos y de su pobreza, y descubren el secreto más grande de la vida y del Reino: con Dios no cuenta hacer o no hacer, sino amar.

Y si mi amor no se realizó en la acción, se realiza hoy en mi deseo de pobre.

Y si mi amor no se realizó en el matrimonio, se realiza en el sueño que tengo de él. Y si mi amor se realizó en el celibato, se puede realizar en la sed que tengo de él.

No hay límites para el deseo, y podemos decir con toda verdad:

"Nosotros somos nuestros deseos.

Yo tengo lo que he deseado."

En la acción descubrí mis límites y mi impotencia, en el deseo realicé mi sueño verdadero, en lo real comprendí la Tierra, en el deseo intuí el Reino.

¡Ay de nosotros si el Reino de Dios fuera el resultado de la acción de todos los hombres! Además de ser una injusticia, al ser la herencia de los fuertes, de los inteligentes, de los capaces y de los astutos, sería muy poca cosa.

No, el Reino de Dios es el resultado de un inmenso deseo nacido en el corazón de los pobres y transferido al corazón desgarrado del Pobre por excelencia: Cristo.

Miércoles

El Reino donde reina el amor

Reino de los Cielos significa Dios con nosotros. No podría darse otra noticia más gozosa. Dios está conmigo vitalmente, Dios es mi aliado. Mi vida se hace vida divina, mi historia, una historia sagrada.

LAUDES

Salmo 23

Salmo 122

Cántico de Tobías (13)

VÍSPERAS

Salmo 8

Salmo 126

Cántico de las bodas (Ap 19, 1)

LECTURAS

Ezequiel 36

Oseas 2

Lucas 13



*Oh, tú, que estás en tu casa
en el fondo de mi corazón,
haz que te alcance
en el fondo de mi corazón.*



5

*El Reino
donde reina
el amor*



Hablábamos ayer de este Reino de los Cielos, de este Reino oculto, escondido, al que la fe me ha hecho adherir, la esperanza me conduce y la caridad me descubre como Reino *“de verdad y de vida, Reino de luz y de amor, Reino de justicia y de paz.”*

Es un Reino, preparado para nosotros *“desde el principio del mundo”* (Mt 25, 34) y que se desenvuelve *“sin ostentación”* (cf. Lc 17, 20). Se trata de un Reino al que Cristo nos ha transferido librándonos del *“poder de las tinieblas”* (Col 1, 13), y *“qué difícil es entrar en el Reino de Dios para los que tienen riqueza”* (Lc 18, 24).

Se trata de un Reino en el que el más pequeño es más grande que el Bautista y donde nuestros nombres están escritos en los cielos (Lc 10, 20).

Se trata de un Reino que se asemeja a un grano de mostaza que *“creció y se convirtió en un arbusto y los pájaros del cielo se refugiaron en sus ramas”* (Lc 13, 19) y adonde *“gente del oriente y del poniente, del norte y del sur vendrán a sentarse a la mesa”* (Lc 13, 29).

Esto lo sabemos por el Evangelio. Pero sabemos también que este Reino, más que una legislación o un lugar, es una Persona: Jesús.

Ésta es su característica propia.

El punto de convergencia de mi fe, la fuerza de mi esperanza y el motivo de mi amor es una Persona: Cristo.

Los hijos de la revolución ideal son sostenidos por Él; el centro de toda reunión es Él.

Él es el consejero.

Él, el consuelo.

Es un modo extraordinario para facilitar las cosas.

El más sencillo para dinamizar el amor, la relación entre dos personas:

Yo-tú y

en este tú está Dios, que ha colocado su tienda junto a mí y se llama Jesús.

* * *

El Señor es mi pastor; nada me falta;

en verdes pastos él me hace reposar.

A las aguas de descanso me conduce

y reconforta mi alma (Sal 23, 1-3).

Si creo que Dios es mi pastor, que me conduce, que me llama por mi nombre, esto me da tanta seguridad como ternura.

Mi debilidad es sentirme solo en las grandes ciudades.

Por ello, cuando no se comprenden las cosas, cuando sufro y llo-ro, cuando la experiencia de mis límites me coloca contra el muro de mi incapacidad, cuando mi pobreza me da a entender qué significa ser hombre, entonces es cuando debo alcanzar la esperanza y creer en el Dios de lo Imposible.

¿Pero, en cambio?

Con demasiada frecuencia me repliego sobre mí mismo y me olvido de lo que digo en esta oración:

“Señor, sé mi pastor.”

Y de esto me olvido justamente cuando más lo necesito.

* * *

No estamos solos en el camino de la vida: ése debe ser el pensamiento constante de nuestra fe.

Podemos contar con Dios siempre.

Él es quien puede ayudarnos.

Si el niño, en el seno materno, preocupado por salir fuera, recapacitara sobre sus fuerzas y su habilidad, no saldría nunca a la luz.

Pero hay quien lo hará salir.

La dinámica propia de la naturaleza, el misterio que lo precedió y la generación misma en que está inmerso, lo ayudarán a salir de las aguas.

Nuestra debilidad es mirarnos a nosotros, siempre a nosotros y sólo a nosotros.

No tenemos en cuenta que nuestra madre está cerca de nosotros y que Dios es la madre en la que vivimos y somos.

Y que Él nos hará salir a la luz.

El Reino de los Cielos significa Dios con nosotros.

Los tiempos mesiánicos son aquellos en que se anuncia esta verdad, y su posibilidad depende de la voluntad de Dios.

Es la síntesis del Evangelio, la Buena Nueva para los pobres.

¿Y quién es el pobre?

Yo soy el pobre, hijo de Dios en el seno de la generación oscura que grita sus limitaciones y su incapacidad.

Ahora se me ha anunciado y tomo conciencia de ella.

Y se anunció hoy.

La realidad existía ya, pero ella no es suficiente si yo no estoy maduro para aceptarla.

Dios no me dice nada si no descubro que Él vive.

De nada vale que venga a mí y yo no lo vea.

El tiempo mesiánico está ligado a una madurez de la fe. En realidad, el tiempo mesiánico no llegó de modo imprevisto. No vino al principio de la historia de Adán, no vino al inicio de mi vida: vino cuando el hombre pudo comprender, cuando yo ya podía comprender.

El tiempo mesiánico es el tiempo del amor; o sea, el momento en que percibo la suma bondad de Dios.

Los tiempos precedentes prepararon la venida, el tiempo mesiánico es la venida.

Es el hoy del amor.

Es el hoy de la comunicación.

Es la vida de a dos.

Es la historia sagrada que comienza para mí.

Mi historia sagrada comienza cuando, por la fe, experimento que ya no estoy solo, que desde ahora caminaré con Él.

Se acabó el temor.

* * *

Vamos de a dos.

Él es el Rey; yo, su súbdito, y ambos hacemos, desarrollamos el Reino.

Pero somos dos.

Y Él es el más importante, hay que reconocerlo.

Parece broma decir esto, pero en realidad los hombres se creen más importantes que Dios, se sienten el centro de las cosas y de los acontecimientos.

Son poquísimos los que colocan a Dios en el centro y en Él fijan los ojos de la fe.

Para ayudarnos a alcanzar esa meta, la realidad nos da como medios la pobreza, la debilidad y el pecado; pero estamos tan llenos de orgullo, que la mayoría sólo cree cuando ya está hecha pedazos.

No en vano la humildad es la reina de las virtudes y por medio de ella nos acercamos a Dios.

Un gran paso en esta aproximación lo damos el día en que ex-

perimentamos, en la fe, que nuestra historia no está hecha sólo por nosotros. La hacemos con Él.

Pero hay que tener en cuenta que él es el primero y nosotros los segundos.

Mi vocación está en sus manos antes que en las mías.

Mi futuro está en Él.

Algunas muchachas, al llegar a determinada edad, se dejan llevar por la tristeza, al no ver claro su futuro.

En algunas ocasiones esto se convierte en tragedia, y la preocupación de no poder realizarse, de no casarse, las paraliza.

Y más sufren, más se encierran en sí mismas. Cuanto mayor necesidad tienen de espacio, más se reducen a un horizonte gris.

Si con la fe alcanzaran a poner sus ojos en Dios y sentirlo cercano, aliado, rey, amigo, hermano, padre, no se debatirían contra un destino misterioso, y empezarían a descubrir la verdad de una vocación más difícil, pero más profunda, más sufrida, pero más genuina.

Cada uno tiene marcado su camino, que será más hermoso si se lo ofrece a Dios. Desear otra cosa es necedad, y es un sufrimiento inútil insistir en cosas que no existen o en caminos que no han sido trazados para nosotros.

Si aceptamos el Reino de los Cielos, aceptamos nuestra vocación, la que Dios nos prepara a través de la realidad en la que estamos inmersos.

* * *

Pero Dios me precede.

Y es Dios porque precede a todos desde la Creación.

Precede a Adán.

Precede a Abraham.

Precede a David.

Precede a Moisés.

Y Él es quien otorga la vocación a cada uno.

Llama a Adán a la vida, ordena a Abraham que salga de su tierra, enseña el canto a David y da a Moisés su poder de conductor.

Y para hacerles entender que es Él el que actúa, el que llama y vivifica, los lleva hasta el límite de su pobreza.

Para Adán será su debilidad de hombre; para Abraham, la esterilidad de Sara; para David, la humillación por su horrible pecado, y para Moisés, la inexpugnabilidad del mar Rojo y el continuo “murmurar” de su pueblo.

Dios lleva siempre al hombre a su límite —y el límite extremo es la muerte, de la que nadie podrá escapar— para que comprenda y goce de la Buena Nueva.

Y la Buena Nueva consiste en que Dios es Dios, que es el Dios de lo imposible, el Dios que convierte en fecundo un seno estéril y muerto como el de Sara, y separa las aguas del mar.

Es un Dios vivo.

Es un Dios que guía.

Es un Dios que hace resucitar a los muertos.

Es un Dios eterno.

Es un Dios que me quiere en su Reino para siempre.

Nuestro destino es tan grande y la vocación del hombre tan profunda, que no hay espacio para situaciones de transigencia o posiciones mediocres.

Y amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (Dt 6, 5).

Dios nos pide todo, y hasta confesará que es un Dios celoso.

Pero sus celos son muy distintos de los nuestros. Nos pide que lo amemos, porque sabe que en ese amor encontraremos nuestra felicidad.

Nos hace bien amarlo.

En realidad, si en nuestra vida no logramos enamorarnos de Dios, estamos perdidos.

Sin amor somos seres incompletos, inmaduros, desconsolados, sin Paraíso.

Podemos establecer, sin duda alguna, estas dos ecuaciones: amor a Dios, igual a paz, alegría, gozo, fecundidad, exultación, Paraíso; no amor, igual a guerra, tristeza, soledad, esterilidad, muerte, infierno.

Por esto decía que nuestra vocación es tan profunda que no deja lugar a posiciones mediocres.

“Sean ustedes perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el Cielo” (Mt 5, 48).

Las exigencias del Reino son las exigencias del amor que, por su naturaleza, encuentra iguales o convierte en iguales.

El amor a Dios nos obliga a ser como Dios, semejantes a Él, con los gustos de Dios.

No hay escapatoria posible.

Si Dios ama la luz, nosotros debemos también amar la luz.

Si Dios perdona, también nosotros perdonaremos. Si Dios muere por amor, también nosotros debemos llegar a morir por amor.

Promover el Reino significa justamente esto: trabajar, actuar para hacernos semejantes a Dios conforme al modelo de Cristo.

Y no sólo con palabras, sino con obras.

El Reino de Dios avanza cuando ponemos en marcha un hecho concreto como respuesta al Amor que es Dios.

Cuando saco el hambre al hambriento,

cuando visito al encarcelado,
cuando visto al desnudo,
cuando perdono al enemigo,
cuando comparto mis bienes,
cuando consuelo al afligido,
cuando rezo por los vivos y los muertos.

Las exigencias del amor van más lejos todavía, más lejos aun del propio bien, de las propias obras y de la propia vocación.

Más allá de la Promesa.

Abraham es el ejemplo más tajante, y su drama y su vida son nuestro drama y nuestra vida.

Presta atención.

En cuanto el patriarca tuvo al hijo de la Promesa, ideal al que siempre aspiró, el sueño más puro y bello de su vocación, oyó que Dios le decía: "*Entrégame a tu hijo*" (cf. Gn 22, 2). Y le pidió que lo sacrificara en el monte.

¿Qué puede significar una exigencia de esta naturaleza? ¿Qué luz se filtra entre las más densas tinieblas de esta petición?

Lo sabemos bien, porque en cada uno de nosotros, en lo profundo, el amor coloca su tesoro precioso. Los dones de Dios son tan espléndidos, que nos tientan con la idolatría.

Isaac se está convirtiendo en el ídolo de Abraham.

Nuestra vocación nos ensoberbece.

Se oscurece en nosotros la transparencia del Absoluto de Dios.

"*Entrégame a tu hijo*", le pedirá Dios al patriarca que vive en cada uno de nosotros.

Esta petición la coloca Dios por encima de sus otros dones.

Para no caer en el peligro de que Isaac se convierta en padre de Abraham y lo bloquee en el camino del amor, o de que el bien que hacemos nos postre en adoración ante él, Dios nos lo pide.

Dios es más grande.

La exigencia de su amor nos impulsa a ir más lejos.

Nosotros somos lo que hemos entregado.

Y tan sólo después de haber, clara y dolorosamente, ofrecido el hijo de nuestras obras, Abraham y nosotros con él lo podremos recuperar en perfecta libertad.

Solamente el amor de Dios como Absoluto nos mantiene lejos de la idolatría y nos conserva libres.

Sin amor a Dios, más temprano o más tarde, cada uno de nosotros se convierte en esclavo de su vocación, en hijo de su hijo, al bloquear en la esterilidad y la instrumentalización de lo poseído, el camino no cumplido del amor infinito.

* * *

Leyendo el evangelio de Lucas sobre la infancia de Jesús, no entendía cómo María y José se distrajeron tanto que perdieron a Jesús durante su peregrinación a Jerusalén.

En mi desconocimiento decía para mí: "Yo, desde luego, no lo hubiera perdido."

Si lo hubiera atado con una cuerda a mi pie, como se hace con las ovejas en el desierto, habría evitado que la historia hablase mal de mí, contando a todos cómo yo, custodio del Hijo de Dios, me descuidé y lo perdí en una ciudad tan peligrosa como la gran Jerusalén.

Y bien, ahora entiendo que el perderlo es el título más brillante para José y María, como signo de su total libertad en lo que respec-

ta a Jesús y, más aún, en lo que respecta al Padre que está en los Cielos.

María no era una madre sobreprotectora y tenía plena libertad para dejar que su hijo se moviese libremente. José no era esclavo de una criatura que lo sobrepasaba con la eminencia del Misterio.

Haber logrado Él, Jesús, escapar de su vigilancia es el más alto título que ilumina la dignidad de la fe de estas dos criaturas.

Es muy claro, aunque el Evangelio no lo cuente, que José y María habían aceptado, también, el sacrificio de Abraham: *"Entrégame a tu hijo."*

Por eso Jesús era libre; tan libre que estuvo lejos de ellos durante tres días.

Tan libre como para estar, después, tres días en el seno de la Tierra.

* * *

¿Has entendido, hermano, lo que quiero decirte esta tarde?

No temas cuando Dios te llama, pero tampoco cuando Él calla.

No temas cuando te pide que realices algo, pero tampoco cuando no lo pide.

No temas si te da un esposo, pero tampoco si no te lo da.

Dios es más grande que su llamada.

Dios es más grande que nuestras obras.

Dios es más grande que el bien que hacemos.

Lo que importa es caminar en su presencia y estar seguros en la fe de que es Él quien nos guía.

Jueves

No huyan del amor

La clave del misterio es el amor. Dios me ama como a un hijo. Es muy difícil escapar a este amor. Quizá el propio dolor me explique el alcance de esta "pasión" que Dios siente por mí, y que se narra en la parábola del hijo pródigo.

LAUDES

Salmo 22

Salmo 38

Cántico de Ezequías (Is 38)

VÍSPERAS

Salmo 27

Salmo 51

Cántico de Job (6, 7-9; 16 y 19)

LECTURAS

Isaías 53

Carta a los Filipenses (entera)

Juan 9



*Los cristianos de hoy están redescubriendo la Biblia.
Han comprendido que es Palabra de Dios,
la buscan como Palabra de Dios,
intentan vivirla como Palabra de Dios.
La Biblia es como un gran mapa: si la lees, te orienta.
Y te indica el camino hacia la verdadera patria: Dios.*



6

*No huyan
del amor*



Ayer ocurrió algo terrible en la comunidad.

Un drogado, robusto como un toro, llegó hasta nosotros durante la misa.

Por fortuna estábamos en el final de la Liturgia, y, como aquel hombre no daba más, lo sacamos de allí, pues no se podía aguantar el malestar que su inquietante presencia había transmitido a la asamblea de oración.

En la cocina me pidió un café, clavando en mí una mirada que me es difícil olvidar, pues parecía la de un animal cercado durante días y que llegó al límite de su resistencia.

Debido al temblor de sus manos, tiró media taza de café sobre su ropa, y luego cayó al suelo, con un golpe seco, entre terribles convulsiones y vómitos.

Éramos cuatro y no podíamos ponerlo de pie, y fue a dar con la cabeza contra el borde de la estufa.

En mi mano había sangre, café y babas.

Acomodamos su cabeza en un almohadón, dejándolo tumbado como estaba en el suelo; no nos atrevíamos a llevarlo en ese momento al primer piso en el que están las camas de los hermanos.

Se adormeció un momento, luego abrió los ojos llenos de infinita tristeza y me pidió algún sustitutivo de la droga.

Había resistido todo el día sin drogarse, pero ya no podía más.

Empezó de nuevo a debatirse como un poseso.

Después vino un médico y le puso una inyección.

Por último, cuatro enfermeros se lo llevaron a la clínica.



Lo que acabo de contar es la versión moderna de la antigua parábola de Lucas sobre el hijo pródigo.

En tiempos de Jesús las cosas eran más sencillas y la huida de la casa paterna se debía casi siempre al deseo de dilapidar los propios bienes con prostitutas (cf. Lc 15, 30).

Eran personas más sanas.

Hoy, bienes, salud y esperanzas las dilapidan las personas en su huida hacia la droga.

Pero es la misma historia, aunque más dramática y violenta.

Y, sobre todo, más clara.

¡Cuántas cosas me ha hecho conocer la droga con su despiadada lógica del placer!

Diría que empequeñeció el espacio de la isla a la que huyó el hombre.

Lucas dice que el hijo pródigo, habiendo vendido cuanto poseía, emigró a un país lejano.

Pero nosotros no necesitamos siquiera ese país lejano; basta dar media vuelta y encontraremos un grupo de nuestros semejantes en un miserable alojamiento escondido, donde, al son de la consabida maravilla, se da la posibilidad de inyectarse una dosis de LSD.

Pero decía que la isla es más pequeña en el hijo pródigo, y el resultado, más inmediato, las consecuencias, más profundas, la lección, más clara: lejos del Padre no se puede vivir largo tiempo, está la muerte.

Y ésta llega pronto.

Las prostitutas devoran de un modo más lento y menos completo que la droga.

El LSD tiene tal poder que hace mucho más daño.



En la mesa, hablamos fraternalmente sobre el problema de la droga.

Lo que nos había impresionado sobremanera era la fuerza hercúlea del drogadicto, que se redujo luego a nada ante las dentelladas del mal.

El hijo pródigo de la parábola estuvo acuciado por el hambre; el drogadicto de ayer a la tarde estaba bloqueado por los mismos efectos de la droga.

¡No llegamos muy lejos por el camino de nuestros gustos desviados!

Alguien o algo nos detendrá.

Nunca vi algo tan evidente como la misión del dolor en la vida del hombre.

¿Qué sería del hombre sin los efectos del dolor físico?

¿Quién lo frenaría?

¿Quién le advertiría del mal que se hace a sí mismo?

¿Quién le haría ver con energía las consecuencias de sus excesos, de las heridas infligidas a su naturaleza?

El hombre es libre de gozar y de vivir subvirtiendo el orden de las cosas, pero encontrará pronto en su camino el sufrimiento que lo derribará en tierra.

Puede alejarse de Dios, que es orden, naturaleza y vida; pero Él, precisamente Él, lo rodea de tales barreras, pone en su camino tantas espinas como para convencerlo, por medio de la fuerza, de que es mejor parar y tal vez volverse atrás.

No logrará el hombre eludir a la naturaleza, que es el gran signo de Él.

No se librará del temor —mejor dicho, del terror— que la muerte puede infundirle.

En el fondo, lo que importa es detenerse a tiempo.

Acude a mi mente la historieta de Pinocho, que es insensible al dolor porque es de madera.

Pero el día en que deja su pierna en el camino, cerca del fuego, su insensibilidad al dolor se convierte en su mayor peligro y amenaza con quemarlo por completo.

Parece una tontera decir esto, pero ¿qué ocurriría si no existiese el dolor para sensibilizarnos a tiempo, para avisarnos?

¿Qué hubiera frenado al drogadicto de ayer?

¿Quién advertiría al alcoholizado del desorden en que vive?

El hombre está tan enfermo de pecado y tan sediento de placer que, si no tropieza con el obstáculo del dolor, en poco tiempo se vuelve satánico.

Nada se interpondrá a sus deseos.

Estará dispuesto a marchar sobre cadáveres para satisfacer sus ansias.

¿No lo vemos en el caso de los ricos y poderosos, en su posibilidad de destrucción? ¿Hasta dónde no llega un poderoso en su concupiscencia de poseer, en su posibilidad de destrozar al débil?

¿No es mejor, entonces, que alguien o algo alerte antes de que ocurra lo que dice Mateo en el capítulo 25 de su Evangelio?:

“¡Malditos, aléjense de mí y vayan al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y para sus ángeles! Porque tuve hambre y no me dieron de comer, porque tuve sed y no me dieron de beber; no tenía ropa y no me vistieron” (Mt 25, 41-43).

Y hemos llegado al punto exacto del porqué del dolor: al aviso.

Diría que el efecto terrible que el dolor tiene en nosotros, el miedo tremendo que nos inspira, radica en esto: “¡Pon atención, hombre! Yo, el dolor, no soy más que un mensajero, un signo.

Tú, hombre, no debes temerme ya que, en el fondo, te hago un servicio; debes temer lo que yo represento.

Yo, el dolor, soy signo de la separación temporal.

Yo, la muerte, soy signo de una separación eterna.

¡A ésta sí hay que temerla!”

* * *

Volvamos sobre la parábola del hijo pródigo, la más hermosa del Evangelio, en la que cada uno de nosotros vive y se identifica comúnmente con el hijo más joven.

Nuestra huida es la prueba de que no creemos en Dios, que no creemos en la vida, en la luz, en el amor.

El padre, que es el amor, sabe que el amor no se puede imponer y deja que huyamos.

Y nos vamos.

Preferimos la no vida a la vida, la mentira a la verdad, el odio y el egoísmo al amor.

Sobre esto tenemos experiencia. Y lo más terrible de la parábola es que, de haber encontrado lo que buscábamos, no hubiéramos vuelto a casa nunca.

Por fortuna, las cosas no fueron como hubiésemos querido y, en lugar de pan, encontramos bellotas, y en vez de abundancia, carestía.

Incluso los amigos no son amigos, alejados de Dios, y las ayudas no son ayudas.

¿Ha de causarnos estupor todo esto?

¿Hay razón para asombrarse de que todo se nos ponga en contra?

Yo diría que hasta las propias cosas son más inteligentes que nosotros y tratan de ayudarnos al ponerse en nuestra contra.

¡Ay de nosotros si no fuera así y nos dieran gusto mientras nos arruinamos definitivamente!

* * *

¡Quién sabe si el padre toma parte en eso para contribuir a envenenarnos el exilio!

Así lo creo.

Él tiene amigos en todas partes y puede mucho. Quién sabe si no habrá escrito una carta a sus amigos diciéndoles: "*¿Está con ustedes mi hijo? Les ruego que no le presten ayuda, al contrario, hagan que su vida sea dura... es la única manera de que entienda.*"

Puede ocurrir.

El Evangelio no lo dice, pero yo lo pienso.

¡Oh, si pudiera, todavía huiría! Si hubiera alguna esperanza de encontrar un camino lejos de casa...

¡Oh! Si pudiera, saltaría por encima de la tapia que cierra el campo de mi amo, que me ha dado estos cerdos para que los cuide.

Pero no me siento capaz.

Sé muy bien que tras esa tapia habrá otras y otras, hasta el infinito.

No tengo otro camino sino el regreso.

* * *

Recuerdo haber oído a alguien decir que el sufrimiento es la prueba de que Dios no existe.

¡Es imposible para un Dios que es padre soportar el dolor del hijo!

Esta tarde comprendí claramente lo contrario.

Precisamente porque existe... Él ha inventado el dolor para ir tras de mí.

El amor tiene una lógica inexorable y... yo sé que me ama mucho.

Su amor le impulsa a envenenarme la huida.

No quiere que permanezca lejos de Él, no soporta esa idea.

Me dio libertad para marcharme, pero organizó las cosas de tal modo que me viese obligado a volver.

Si yo amara, si yo amase de verdad, haría lo mismo.

Debemos tener compasión del que ama.

¡Tal vez ésta sea la única compasión que podemos tener de Dios!



Para el que ama, la separación es el peor mal, especialmente si puede llegar a ser eterna.

El dolor físico es nada, comparado con esto.

¿Qué importa sufrir un poco?

Lo bueno es regresar y vivir siempre juntos.

Pregunten al que sabe amar, al que no puede vivir separado de su hijo,

a quien quedó desgarrado en dos por la desaparición de la madre,

a quien se arroja desde un puente tras la muerte de su novia,

a quien es capaz de esperar toda la vida el regreso del marido exiliado o prisionero.

¡Pregúntenles... si quieren saber qué son el amor y la angustia provocados por ese amor, cuando éste se siente burlado, separado, desgarrado!

¿Y qué es esto comparado con el amor de Dios?

¡Él, que por amor entregó su Hijo a la muerte para salvarnos de la muerte!



Sí, decimos siempre “Dios es amor”, pero ¡cuán difícil es entender el alcance de esta afirmación!

Esto es así porque conocemos los términos de este problema, y entonces no comprendemos las cosas de Dios.

¿Cómo entender la palabra “infierno”, la palabra “Paraíso”, si no partimos de la profundidad de este misterio del amor de Dios?

Tratamos de salvarnos con alguna comparación, pero ésta vale sólo lo que vale, no puede expresar la plenitud contenida en el misterio.

Una cosa es cierta: cuando amé, y amé de veras, entendí que el mal, el verdadero mal, está en la separación.

El que ama no soporta la separación.

Si pienso que voy a estar separado —y con una separación eterna— de la persona que más amo, me enloquezco.

Traten de pensar en esto de un modo concreto.

La madre separada del hijo
el esposo de su esposa
el amigo de su amigo
el hijo del padre
y... para siempre.

Esto sí que es insoportable.

* * *

Un tren me pasa por encima y me parte en dos.
Pero ¿qué ha sido partido?
¿Mi cuerpo o mi vida?

¿Una combinación química o mi luz?

¿Un conglomerado de células o mi amor?

No, nadie puede partir mi luz, que sigue existiendo. Nadie puede partir mi vida, que es eterna.

Nadie puede partir mi amor.

Somos eternos, no podemos morir pues fuimos injertados en la Vida eterna, que es Dios.

Hemos sido injertados en la Luz, que es Cristo.

Hemos sido unidos al Amor, que es el Espíritu Santo.

Y nadie puede partir en dos al Espíritu Santo.

Esta participación en la vida divina nadie la puede partir.

Sin embargo, lo que nadie puede partir, lo que ningún tren puede partir, yo sí puedo partirlo, y lo hago con mi voluntad.

Yo puedo separarme de Dios, y ésta es mi verdadera muerte.

Separándome de la Vida que es Dios,

separándome de la Verdad que es Dios,

separándome del Amor, que es Dios,

me separo de Dios

y entro en la "no vida",

en las tinieblas, en el odio.

Dios, que no quiere una cosa tan horrenda, puede avisarme.

Y me avisa.

Y me avisa con el dolor.

* * *

Es increíble que los hombres no vean esto y que rechacen el dolor como algo irracional, como algo no comprensible en un Dios que es amor.

Si no aman, no pueden entender. Si amaran, sacarían también ellos las armas para conseguir que el hijo regrese a casa y la esposa esté siempre con su esposo.

No, no teman al dolor, sino lo que significa.

No teman la muerte física, que no existe, teman la muerte eterna, que es representada por la muerte física.

¡A ésa sí que han de temer, diría Francisco!

Y sepan que Dios ha hecho tan horribles el dolor y la muerte para decirnos que el dolor verdadero de la separación es horrible y que la muerte verdadera —la segunda— es más horrible todavía.

* * *

Ya sé que me quieres preguntar algo, lo sé.

Quieres conocer el porqué del dolor de los inocentes, el significado del sufrimiento de los pobres, el porqué de la muerte del justo.

Ignoraba yo este porqué.

Pero cuando conocí a Cristo, Él me lo explicó.

Preguntale esta tarde: Él te lo dirá.

Tal vez añadirá una frase que a mí me llenó de esperanza, cuando quería explicarme la salvación universal, debida precisamente a la vocación que cada uno ha de pagar por todos.

“No huyan del amor.”

Si en el Reino preguntamos a los inocentes que sufrieron por los pecadores, a los pobres que pagaron por los ricos y a los torturados que vertieron su sangre por los prepotentes, si fue justo o fue un error pagar tan caro, escucharemos esta respuesta:

“Fue necesario para que nadie huyese del amor.”

Viernes

La importancia de lo real

Siempre tenemos dificultades para imaginar nuestra relación con Dios. Él mismo nos aconseja que desechemos las visiones. Hay que aceptar lo real como el medio por el cual Dios nos engendra, nos toca, nos hace crecer. Dios está presente en las cosas, en los acontecimientos y en la historia y se manifiesta a través de los signos.

LAUDES

Salmo 30

Salmo 103

Cántico de Moisés (Ex 15)

VÍSPERAS

Salmo 40

Salmo 116

Cántico de Jonás (Jon 2)

LECTURAS

Deuteronomio 6-8

Ezequiel 16

Juan 18-19



*Este es realmente el sueño del mañana:
la iglesia doméstica como en tiempos de los primeros cristianos.
Es evidente que esto sólo es posible
cuando se ha caminado mucho y la familia está impregnada
de fe profunda e inmenso respeto por la Eucaristía.
Sin embargo, el tiempo está maduro.*



7

*La
importancia
de lo real*



El cántico¹ tomado del capítulo 18 del Génesis dice así:

*Hacía calor ese día
y estaba sentado Abraham
a la entrada de su tienda.
Alzando la vista,
vio a tres hombres de pie...
delante de él...*

*Apenas los vio,
cayó de rodillas
en tierra y exclamó:*

*“Señor mío, no pases,
te ruego, sin detenerte.*

*Les traeré un poco de agua
para que se laven los pies
y luego seguirán viaje.*

*Les traeré traer un poco de pan
para que recuperen sus fuerzas,
y luego seguirán viaje...*

¹ De los cánticos de las comunidades neocatecumenales.

*No fue por azar,
no fue porque sí
que pasaron hoy ustedes
delante de mí."*

Estas palabras que Abraham dirige a los tres personajes que pasaban cerca de la encina de Mambré una tarde de sol, me impresionaron toda la vida.

"No fue por azar, no fue porque sí que pasaron hoy ustedes delante de mí."

Esta verdad podemos escribirla en cada uno de los acontecimientos de nuestra vida, grabarla en la primera página de todo hecho histórico, aplicarla a todos nuestros dolores y gozos.

*"No fue por azar, no fue porque sí,
que pasaron hoy ustedes
delante de mí..."*

*¡Oh dolor,
oh día,
oh noche,
oh muerte!*

* * *

No sé si les ocurrió a ustedes lo mismo que a mí.

Con frecuencia tuve dificultad en dar sentido a los acontecimientos

tos, a las cosas, a lo real como parte de un todo único de la acción de Dios sobre mí o sobre la historia de los hombres.

Me fue más fácil sentir la presencia de Dios en una función litúrgica que en la lectura del periódico o la llegada de un amigo.

Un acontecimiento, sea cual fuere su naturaleza, es menos elocuente que una puesta de sol o una noche estrellada.

Sobre todo si es caótico.

O doloroso.

Y es aquí donde se ve la pequeñez de nuestra fe, la pobreza de nuestra contemplación en la calle y, lo que es peor, nuestra gran alienación en la realidad religiosa.

No es fácil vivir el desierto en la ciudad, porque consideramos que la ciudad está fuera de la órbita de Dios, como una especie de aglomerado caótico que escapa a su poder y donde su voluntad se ve siempre burlada por la maldad humana o la irracionalidad de los elementos naturales.

No hablemos de los acontecimientos donde aparece el dolor, el mal o la muerte. Eso es el fin.

Ahí Dios no existe.

Parecería que para nosotros Dios sólo existe en la limpidez de la aurora, o en la alegría de una fiesta; no, ciertamente en un terremoto o en la enfermedad que nos lleva al hospital.

Cuando nos sacude un suceso inesperado, tenemos la sensación de haber sido sorprendidos, burlados, olvidados, heridos.

Lo real se convierte en negativo, no tiene rostro, no tiene significado, no nos dice nada.

Y disponemos todas nuestras fuerzas contra ello, como si fuera un enemigo o un ser inoportuno del que hay que desembarazarse lo más pronto posible.

Pero si ocurre que esta realidad es mayor y rebasa lo que podemos soportar, entonces la estimamos como una prueba de la ausencia de Dios.

¿Cómo es posible que exista Dios si los niños se mueren?

¿Cómo es posible su presencia, cuando los hombres son perversos y me hacen cosas tan malas?

¡Y son capaces de declarar la guerra!

* * *

Como siempre, es el Evangelio el que nos ayuda a comprender.

Que las cosas no ocurren por casualidad podemos leerlo en la expresión de Abraham: *"No fue por azar, no fue porque sí, que pasaron ustedes delante de mí"*.

¿Fue por azar que César decretara el censo del Imperio en tiempo de Quirino?

¿Ocurrió por casualidad el nacimiento de Jesús en Belén?

¿Fue azar escoger a Nazaret para la vida oculta del Hijo?

¿Fue porque sí que Jesús se encontró con Pedro, Santiago y Juan?

¿Porque sí los llevó al Tabor, calmó la tempestad, resucitó a Lázaro?

¿Lo apresaron por casualidad?

¿Por azar lo crucificaron entre dos ladrones?

¿Y fue por casualidad que tembló la Tierra y se eclipsó el Sol?

El nacer y el morir del Hijo de Dios, el incluirlo en la historia de los hombres, el presentarlo a través de contradicciones, el escupirle en la cara, el condenarlo a muerte, ¿fueron por casualidad?

Prosigamos: el Sermón de la Montaña, las Bienaventuranzas, ¿que relación tienen con el silencio de Jesús ante Herodes y el dejarse El, el Omnipotente, reducir al Varón de dolores por la perversidad de los hombres?

¿No hay, en el Evangelio, una tremenda unidad entre la historia

de un pobrecito perseguido por el poder y la voluntad del Hijo de Dios de ser el Inocente, el Siervo de Yavé?

¿Su muerte está completamente, desligada de su resurrección y los hechos de su vida no prepararon en Él el personaje llamado Cristo?

¿No sienten la unidad del Evangelio?

¿No deducen de los episodios, hasta de los menos trascendentes, y de los encuentros, incluidos los más fortuitos, una acción precisa e inexorable de la historia que prepara y realiza la vida y la muerte del Hijo de Dios?

* * *

Pero donde la lección se hace más precisa es en la actitud de Jesús ante el Misterio de Dios, ante el Padre.

Jesús, como nosotros, no podía alegrarse de que las cosas no fueran bien, de que la verdad se distorsionara, de que los inocentes padecieran, de que triunfara el mal, de que los hambrientos siguieran hambrientos y los esclavos siguieran esclavos.

Y, sin embargo, en el cuadrante de la historia, Él, Hijo de Dios, pasará exactamente como si fuera hijo del hombre.

Las cosas no cambiarán. Los muertos seguirán muertos, los inocentes aplastados y los hambrientos con hambre.

Si resucita a algún muerto o quita el hambre a algún hambriento, será sólo para dar una señal a quien pueda entender de que llegaron los tiempos mesiánicos y que el nuevo Moisés, Jesús, está con ellos, no, por cierto, para cambiar las cosas y eliminar de la vida humana la fatiga del trabajo y el sufrimiento de tener que morir.

Quien quería hacer de Él un taumaturgo que resolviese los problemas del hambre, un curandero que vaciase los hospitales, se llevó una gran sorpresa.

Quien esperaba de Él una misión política brillante y triunfal que introdujera el milagro en el suceder de las cosas normales, obviando las leyes naturales y la fatiga diaria, quedó desilusionado y lo abandonó.

Lo abandonaron los poderosos, que querían utilizar la religión y al Mesías para consolidar su poder.

Lo abandonaron los perseguidos, deseosos de no serlo más, y los que sufrían, que deseaban vengarse de quien les hacía sufrir.

Con Él quedaron los pobres que aceptaban ser pobres; los perseguidos que no querían perseguir a nadie; los que lloraban que sabían el porqué del llanto y entreveían en las lágrimas el misterio de Cristo y la novedad de las Bienaventuranzas que Él predicaba.

* * *

Pero Cristo, el Hijo de Dios, el Omnipotente, no sólo no quiere cambiar las cosas, sino que ni siquiera pidió que fueran cambiadas.

Podía pedir al Padre que suprimiera la muerte de la vida del hombre, que hiciera desaparecer el hambre en la Tierra, que destruyera a los poderosos e hiciera triunfar la justicia.

Pero no lo hizo.

Que yo sepa, sólo pidió una cosa: *Padre... hágase tu voluntad* (Mt 6, 10).

Él vio lo real como voluntad en acto del Padre, las cosas que pasan, como un texto que hay que leer, y los acontecimientos, como signos de los tiempos que anuncian el Reino y preparan su venida.

Frente a las cosas verdaderas, invitó al hombre a que se detuviera e indagara su porqué.

Ante el dolor, que tratara de comprender el motivo de su existencia.

Entonces, el hambriento hablará del egoísmo de los ricos y de su codicia.

Los países pobres denunciarán con su presencia el intolerable poderío de los países ricos, y las cárceles llenas de torturados serán la condenación visible de quien se aferra al poder.

El moribundo me dirá que la Tierra no es mi patria, y las consecuencias de mis errores, la justicia y necesidad de la reparación.

Nada puede escapar a la multiplicidad de la realidad en la que estoy inmerso y que me ayuda a nacer a una vida nueva.

* * *

Lo interesante es ver claro, pero no siempre es fácil leer en los acontecimientos y en los signos.

Alguna vez podemos transformar una piedra en pan y una serpiente en pez.

Lucas tiene una parábola muy breve, pero profundísima en la verdad que propone:

“¿Habrá un padre entre todos ustedes que dé a su hijo una serpiente cuando le pide pan? Y si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión?” (Lc 11, 11-12).

Tengan en cuenta las semejanzas entre una piedra y un pan, entre un pez y una serpiente, entre un huevo y un escorpión.²

Jesús parece querer decirnos: Hijo mío, yo soy padre y no te voy a dar una piedra en lugar de un pan, ni una serpiente si me pides un pez, ni un escorpión cuando quieras un huevo.

Puede ocurrir que haya alguna cosa que te parezca una piedra, pero observa con atención: no es una piedra, es un pan.

² Este fenómeno es notable sobre todo en los lugares desérticos, en las noches frías. El escorpión se arrebujá y se cubre con una pelusa blanca, tomando el aspecto de un huevo.

Puede ocurrir que una enfermedad te dé la impresión de ser una serpiente, pero es un pez que te alimenta y mejora.

Cae sobre ti una desgracia cual si fuera un escorpión, pero, en realidad, era un huevo que te hizo bien y te nutrió.

“Todo contribuye al bien para el que cree en Dios”, para quien tiene esperanza, para quien ama; y Dios no puede permitir *“que el mal se acerque a tu tienda”,* salvo si lo transforma en gracia y lo hace entrar en el plano de la salvación.

No por casualidad la lectura de los signos de los tiempos es fundamental para el cristiano y para la Iglesia.

En el pontificado de Pío IX, la caída del poder temporal no fue una piedra que le rompió los dientes, fue un pan blanco que la historia ofrecía a la Iglesia para que fuera más blanca y aceptable.

En el pontificado de Pío X, los modernistas no eran todas unas serpientes que debían ser aplastadas, sino peces buenos que, con sus evoluciones en el agua estancada, obligaban a la Iglesia a que saliese de su inmovilismo y se preparara para el futuro Concilio.

En el pontificado de Pío XII, el socialismo y las derrotas políticas de los considerados cristianos no fueron escorpiones temibles, sino huevos sólidos que los nutrieron y ayudaron a crecer hasta que un día comprendieron que las situaciones de poder pueden convertirse en antievangélicas y que, para el cristiano, la mejor postura es situarse en la oposición, como el Bautista, cuando gritaba *No te es lícito* (Mt 14, 4).

¡Pero qué difícil es ver claro en los signos de los tiempos, y los cristianos somos hábiles para transformar la riqueza material y el poder en bienaventuranza, y la bienaventuranza de la pobreza y de la persecución en algo que hay que aplastar o maldecir!

* * *

Pero el Evangelio nos condena.

Lo hace cuando trato de salvarme con palabrería, lejos de la voluntad de Dios, y condena a la Iglesia cuando se aleja de la pobreza ocultando su deseo de vivir con comodidad, amparándose en la dignidad o en la prudencia de la diplomacia.

Ninguna otra generación estuvo en mejores condiciones de entender si hago componendas o si vivo el Evangelio.

A las componendas piadosas y devotas se responde con el ausentismo y la indiferencia, pero al Evangelio vivido, con el entusiasmo.

Porque cuentan los hechos, no las palabras vacías y gastadas.

Los hechos se convierten en signos, en profecía.

¡Quisiera ser Papa por un solo día! Quizá me engañe, pero ¡que alegría me daría vender el Vaticano entero al mejor postor e irme a vivir a un pequeño piso periférico o, mejor incluso, a una tienda entre el desierto y la estepa!

¿Utopía?

Cierto, pero utopía que nos hace bien, como todas las utopías del Evangelio.

¡Los jóvenes estarían muy dispuestos a esa utopía!

Especialmente hoy.

* * *

Tal vez la idea de vender el Vaticano o sus museos para transformar su valor en ciudades para leprosos te entusiasmó en algún momento como me entusiasmó a mí.

Pero ¿deseas comprender lo ilógico de este entusiasmo, o mejor, la injusticia?

Pensando, no en las cosas de los demás, sino en las mías, esta tarde me di cuenta de que mi habitación era más caliente que la de mis hermanos con los que convivo, mi lecho más cómodo, mi vida más fácil.

Con una excusa u otra, siempre voy primero en la fila y el último lugar se lo dejo a los más débiles y más silenciosos.

Esto indica que si fuera Papa, incluso sólo por un día, no sabría hacer nada de lo que pienso.

En la Iglesia es muy fácil pedir a los demás grandes gestos proféticos, pobreza heroica, reparto de los bienes.

Lo difícil es pedirnoslo a nosotros y vivirlo nosotros.

Recuerdo a un escritor de América latina, famoso por sus protestas y sus hermosísimas páginas sobre la tortura, la justicia social y sobre la revolución pendiente.

Él mismo me contó que, apenas llegó para él la prueba y el peligro de ser detenido, tras un golpe militar, huyó de su país en el primer avión, cargado con la vergüenza de su cobardía porque reconoció que había abandonado en medio del peligro a los más indefensos y a los más pobres.

Hermanos, es difícil dar testimonio.

Y precisamente cuando no somos capaces es cuando corremos peligro de escondernos tras las bellas palabras.

Escuchen las intenciones que se mencionan durante la oración de los fieles en los diversos grupos eclesiales. Parecemos héroes, todos decididos a despojar a la Iglesia de sus riquezas.

Pero en nosotros, ¿los hechos corresponden a esas palabras?

¿Dónde nos encontramos en el camino hacia el reparto de los bienes?

Por eso, si no quiero ser retórico, debo decir esta tarde: "No si fuera Papa, sino si fuera hermano Carlos, ¿qué haría para que el Evangelio actúe en mi vida?"

¿Qué debo hacer para responder concretamente a Jesús, que, como a Zaqueo, me dice: "*baja enseguida, pues tengo que quedarme en tu casa*"? (Lc 19, 5).

Sábado

“Marana thá”

“¡Ven, Señor Jesús!”, rezaban los primeros cristianos de la comunidad de Éfeso. Ésta sigue siendo la oración de los tiempos difíciles, tiempos como los nuestros en que la fe se purifica en la oscuridad y en los que Dios se revela en la transparencia del amor vivido.

LAUDES

Salmo 62

Salmo 124

Cántico de Ezequiel (36)

VÍSPERAS

Salmo 69

Salmo 91

Cántico de María (Lc 1)

LECTURAS

Jeremías 20

Juan 14

Mateo 25



El ideal supremo para quien vive en la ciudad y la "dispersión" cotidiana es hallar una comunidad de fe y de oración, hacer una comunidad de amor, fundar una comunidad Iglesia. Quien tiene esta buena suerte ya está a mitad del camino, y muchos problemas se resuelven.

Se anuncia la Palabra, se reza sobre la Palabra, se vive la Palabra. Nos convertimos en Iglesia, caminamos juntos, nos evangelizamos unos a otros.



8

“Marana thá”



Pienso en las grandes ciudades que visité a lo largo de mi vida —Nueva York, Bangkok, San Pablo, Río de Janeiro, Chicago, Hong Kong, Buenos Aires, Londres, Oslo, París, Madrid, Dakar, Fez, Argel, El Cairo, Bagdad, Teherán, Calcuta— y los innumerables centros habitados, lugares pequeños adonde acudí con motivo del Evangelio.

Puedo decir que mis viajes no fueron nunca por motivos turísticos, sino sólo por ansias de apostolado y del Misterio de la Iglesia.

En todas las ciudades recé con los hermanos en la fe, con quienes, como yo, trataban de vivir el Evangelio siguiendo a Cristo.

Fue éste un gran don de Dios que me ayudó, hizo navegar la barquilla de mi vida en un verdadero río repleto de amistades y alimentó mi esperanza en el calor de las asambleas litúrgicas.

¡Cuántos coloquios, de día y de noche, sobre el tema preferido de Dios y de la Iglesia!

Pensando en mis hermanos dispersos por el mundo, comprendo qué significa la paternidad en el espíritu, y experimento confidencialmente el sufrimiento de la distancia.

¡Cómo querría esta tarde estar cerca de ustedes!

Poder decir a cada uno: ¡Valor!

¡Sí, valor en las tribulaciones!

Valor en las tentaciones.

Valor en la fe.

Sé que pasan por una prueba, agobiados por el trabajo, cansados por la multitud, preocupados por la responsabilidad, ansiosos de paz y oración.

A muchos de ustedes no dudaría en aplicar las mismas palabras que Pablo dirigía a los corintios:

Nos sobrevienen pruebas de toda clase, pero no nos desanimamos; estamos entre problemas, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no eliminados; derribados, pero no fuera de combate. Por todas partes llevamos en nuestra persona la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra persona” (2 Co 4, 8-10).

Todo ello porque los tiempos se han vuelto realmente duros y no es fácil permanecer fieles.

¡Queridos compañeros en la fe!

Los imagino volviendo del trabajo en el metro o en medio de la gente. Los imagino sentados ante una mesita en su habitación, mientras afuera se encienden las luces de la noche y ustedes se recuperan del cansancio del día.

Me hace bien estar unido a ustedes, familia ideal llamada por la Biblia “pueblo de Dios”, esparcidos por toda la Tierra, que comparten conmigo la misma fe y son convocados a la misma esperanza.

Ustedes son los testigos del Invisible, los creyentes en el Dios único, los adoradores del Espíritu, los partícipes del Reino de los Cielos que, en el desierto de la ciudad, esperan la vuelta de Cristo, susurrando como los primeros cristianos: “*Marana thá*”: “¡Ven, Señor Jesús!”

* * *

Sí, los cristianos velan orando. Su casa es como un convento moderno ideal.

Y combaten con coraje el peligro denunciado por Lucas para los últimos tiempos:

Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra? (Lc 18, 8).

No es una broma, y ellos lo viven en carne propia.

Es la batalla más dura de la vida.

La ciudad, como caos indescriptible, se hace permanentemente esta pregunta desde la pequeñez de su fe: “¿Dónde estás, Dios mío?”

El desorden, la violencia, la pérdida de las antiguas tradiciones llaman a la puerta de casa y gritan al oído:

¿Dónde quedó tu Dios? (Sal 42, 4).

Pero el salmista continúa:

¡Oh! ¿Qué te abate, alma mía, por qué gimes en mí? Pon tu confianza en Dios que aún le cantaré a mi Dios Salvador (Sal 42, 6).

* * *

La fe hoy es difícil. Esto es un signo indiscutible de nuestro tiempo.

La decadencia de la cultura la dejó desnuda, el cambio de civilización la volvió dolorosa. Diría que a Dios, hoy, lo descubrimos más fácilmente en sus actitudes negativas. Recuerdo lo que dijo un joven aretino* que vivía dolorosamente su fe: “De Dios no escuchamos la melodía cuando susurra, pero nos estremecemos cuando calla.”

El hombre se siente solo, pues las iglesias fueron asaltadas por la sorpresa y con frecuencia, presas del miedo, creen que se salvarán si miran al pasado en vez de caminar hacia la novedad de Dios con la confianza de los niños.

Estamos en tiempos de Apocalipsis y nunca como hoy el libro de Juan es tan útil para rezar.

Dice el Señor:

* Natural de Arezzo, ciudad italiana (N. del T.).

*“Yo soy el Alfa y el Omega,
el Principio y el Fin.*

*Al que tenga sed yo le daré de beber gratuitamente
del manantial del agua de la vida” (Ap 21, 6).*

Y al que está asustado por la soledad:

*“Ésta es la morada de Dios con los hombres;
él habitará en medio de ellos;
ellos serán su pueblo
y él será Dios con ellos” (Ap 21, 3).*

Y al que sufre y tiembla:

*“Él enjugará las lágrimas de sus ojos.
Ya no habrá muerte ni lamento, ni llanto ni pena,
pues todo lo anterior ya ha pasado...
Ahora todo lo hago nuevo” (Ap 21, 4-5).*

Pero donde el Apocalipsis puede, en verdad, convertirse en el texto más iluminador para estos días que vivimos es en la actitud de espera del Dios que viene, del Cristo que vuelve.

“Marana thá” rezaba la comunidad de san Juan en Éfeso. *“Ven, Señor Jesús”* (Ap 22, 20).

Los cristianos de nuestro pasado inmediato podían contar con un rincón tranquilo en el que descansar la vista y alimentar su optimismo; una Iglesia organizada y triunfante, un número discreto de fieles, una civilización que se decía cristiana, familias piadosas y ordenadas.

¡Pero hoy!

Con el debilitamiento de la creencia en la “Iglesia-número”, sustituida por la “Iglesia-signo”, las cosas cambiaron y muchos no entienden nada y sufren.

Para quien observa hoy la realidad sin espíritu profético, el optimismo está realmente muerto.

Pero ¿sabían que donde muere el optimismo humano nace la esperanza cristiana?

El optimismo es confianza en los hombres dentro de las posibilidades humanas; la esperanza es confianza en Dios y en su omnipotencia.

Tiempos, pues, de Apocalipsis, o sea, tiempos en los que el creyente mira al cielo en vez de mirar a la Tierra, busca los signos de la venida de Dios antes que las conmociones de los pueblos, y cuenta con la lealtad de Dios antes que con la capacidad o astucia de los hombres.

Incluso si reacciona, su espíritu está saturado por la fe en esta palabra:

¡Marana thá!

¡Ven, Señor Jesús!



Esta tarde quiero yo también estar cerca de ti, hermano o hermana.

¿Sabes por qué?

Para testimoniarte en el Espíritu Santo que Dios es el Viviente.

Éste es el compromiso de la comunidad cristiana: testimoniar los unos a los otros nuestro credo:

Yo te doy testimonio: ¡creo!
Tú no ves a Dios en las cosas,
y Él está en las cosas.
Tú no lo ves en la historia,
y Él está en la historia.
Tú no lo ves en tu habitación,
pero Él está en tu habitación
y allí donde te encuentras ahora.

Y te mira y quiere hacerte partícipe del abismo de su Ser.
Y tu fe te lo hace presente.

Dios, el verdadero Dios, es el Dios de nuestra fe: fuera de Él no hay otros.

Con Él constituimos nuestra relación; a Él lo descubrimos en lo profundo de las cosas.

Algunas veces tenemos la impresión de que es un Dios inventado por nosotros, creado por nuestra sed de Él, tan grande es nuestra libertad y tan pronunciada nuestra dificultad para creer, pero lo cierto es que Él es el único Dios que se revela al hombre.

La única senda que Él recorre para venir a nosotros y revelarse es la misma que nosotros recorremos para buscarlo. Nosotros lo encontramos en la medida en que creemos, ni más ni menos.

Y créanlo, no se puede hacer nada para cambiar las cosas.

¡Cuántas veces pensé si existirían otros modos más fáciles, más visibles, más creíbles!

No los encontré.

No existen.

Dios estableció que el diálogo con Él se dé en la fe, el crecimiento en Él se produzca en la esperanza y la revelación de Él la experimentemos en la caridad.

Y esto hasta el fin, hasta el último día, día en el que “resucitaremos de entre los muertos”.

* * *

Pero imaginemos cualquier otro sistema, algún otro tipo de encuentro entre nosotros y Dios, exceptuada la fe.

Por ejemplo: un encuentro en el que su visibilidad se me haga presente como luz imprevista, como presencia humana, como voz perceptible, etc.

¿Serviría?

Aparte del riesgo de un infarto, ¿quién me garantiza que esa presencia es la presencia de Dios y no la de un fantasma?

Nadie.

Incluso en los casos en que se nos convoque a la fe, hemos de servirnos de la fe.

Fue un acto de fe el de Abraham cuando creyó en la voz que le decía: “Deja tu país”; y por la fe Moisés leyó en la zarza ardiente la presencia de Dios; lo mismo ocurrió cuando José interpretó el sueño como voluntad de Dios para tomar a María por esposa.

La palabra de Dios recubre la fe de imágenes, de voces, de ángeles, de truenos, o sea, de un lenguaje adecuado a nuestra debilidad; pero sigue existiendo el problema: entre Él y nosotros, mientras vivamos en esta Tierra, el encuentro es un encuentro de fe.

Imagina que la presencia de Dios se te hace patente, cercana, como suelen pensar los inexpertos, cual si fuera una persona como tú y que tal presencia humana permanece con esta visibilidad tan densa, tan radiante, tan fuera del misterio: ¿cómo harías para moverte?

¿Cómo podrías sentirte a gusto?

¿Cómo podría ayudarte una presencia de este tipo?

Estarías tan condicionado que no podrías dar un paso.

No tendrías ya libertad y te encontrarías como ante un superior que te vigila, un inspector que te investiga.

Tus actitudes resultarían condicionadas; tus actos, torpes e imprecisos, como cuando estás asustado.

Quisiera que te convencieras de una cosa: la fe oscura es el espacio de tu libertad.

En este espacio debes madurar, y madurar respecto al amor gratuito.

Pascal diría “obrar como si...”

Sí, como si estuviese ahí y tú lo vieras.

Pero no viéndolo con los ojos de la carne, eres libre.

Todo lo que haces vale lo que vale sin engaños, sin condicionamientos.

Sí, sólo en la fe eres realmente libre y tus actos cuentan, porque proceden sólo del amor y no del temor de su presencia.

Recuerda que todavía no estamos maduros como hijos, y seguimos siendo esclavos de su poder y su grandeza...

* * *

Haz como si...

Haré como si...

Hago como si...

¡Hacer como si Dios estuviera presente!

Pero esto es sólo un camino.

Adquirirás madurez cuando dejes de pedir cosas que en el fondo son pequeñas ayudas para niños inmaduros.

No necesitas hacer las cosas como si Dios estuviera presente mirándote.

Debes hacerlas porque hay que hacerlas, porque tu sí que has madurado, es el mismo sí de Dios, porque la verdad de que están revestidas las cosas es la misma verdad de Dios y el amor que te exige para hacerlas es el mismo amor de Dios.

Cristo en la cruz obró de esa manera, y con su doloroso *“Dios mío, Dios mío ¿porqué me has abandonado?”* (Mt 27, 46) testimonia a los hombres la verdadera libertad de la que Dios lo revistió, la infinita confianza que el Padre tiene en Él, la total ausencia de condicionamientos para que madure en Él el don extremo de sí mismo al Absoluto. Y se ofrece a su Presencia ausente.

¡Qué valor extraordinario adquiere la acción del hombre!

¡Qué dignidad reviste esta actitud profunda!

Sí, podemos afirmar: si Dios es grande en su esencia, el hombre es grande cuando se acerca a Él, cuando hace las cosas que Él hace como opción libre.

¡Qué valor adquieren el martirio y cualquier otra acción realizada en esta soledad del hombre!

La ausencia de Dios en el Calvario del hombre permite a éste ofrecerse totalmente en la libertad del amor.

Si la noche oscura fuese dulcificada por cualquier presencia sensible, el martirio ya no sería martirio y la debilidad humana se convertiría en servilismo o miedo.

¿Has comprendido, hermano, por qué murió Dios en tu fe oscura?

¿Por qué Él no responde a Tu reclamo como si estuviera muerto?

Para permitirte a ti también morir de amor, como Jesús en su terrible soledad.

¡Así es, y así debe ser!

Si buscas la presencia de Dios en la sensibilidad, en la fantasía, en el razonamiento, dispondrás sólo de un pequeño auxilio, auxilio que desaparecerá al primer soplo del viento.

En cambio, si buscas su presencia en la fe, ésta te sostendrá en el vacío; suspirando por tocar a Dios en la esperanza te sentirás impulsado hacia el abismo de su luz; viviendo su caridad conocerás a Dios en la contemplación que Él mismo te otorgará.

Sabrás lo que es el vértigo de Dios.

Verás los cielos abiertos.

* * *

Quiero decirte una cosa muy importante para hacer visible la presencia de Dios en nuestra vida.

¡Es un pecado haberla encontrado tan tarde!

Yo actué como quien recorre mares y montes en busca de un tesoro y cuando, fatigado, vuelve a casa descubre con sorpresa que el tesoro estaba justo en ella.

Así es: Dios está en casa.

En mi casa, en tu casa, en casa de la Madre Teresa de Calcuta, en casa de Luther King, en casa del *abbé* Schultz.

Es un Dios escondido, nadie lo ve, pero todos lo buscan, todos tienen un gran deseo de verlo.

¡Esto muy interesante!

Pero mientras yo me pongo a pensar y ustedes a estudiar sobre el mejor modo de descubrir a Dios, de ver a Dios, la Madre Teresa sale a la calle y ve a un agonizante que muere sin ningún auxilio. No razona acerca de Dios, ni hace planes quinquenales o teorías sobre el hombre.

Levanta al moribundo, hace que la ayuden para llevarlo a casa, le da un vaso de agua, lo peina, le seca el sudor de la muerte y reflexiona con dulzura: "Quiero que muera sintiendo cerca una mano amiga". El programa no tiene nada de ambicioso ni hay en su gesto nada revolucionario; tan sólo un acto auténtico de amor.

Hermanos, ante la Madre Teresa el mundo se detuvo un instante: vio a Dios pasar por las calles de Calcuta.

¿Y qué hizo Luther King? Miró a su alrededor y amó con pasión a sus hermanos despreciados por el color de la piel, y ofreció su pecho a una descarga de balas. El mundo vio que Dios estaba allí, en el gesto de aquel mártir.

¿Y qué hizo el *abbé* Schultz? Echó una mirada fuera de su pequeño convento de monje y vio que había muchos jóvenes que querían expresarse, creer, esperar.

Los amó y ellos comprendieron, y nosotros vemos la epopeya de Taizé: Dios se reveló en Taizé.

Y se puede continuar.

Dios se revela allí donde se respeta la vida, se desea la luz y se quiere amar. Cada vez que dilatas la vida, obras la verdad, amas, Dios brota de tu acción.

Es como si crearas a tu Dios.

Por esto digo que Dios está dentro de las cosas, dentro de los acontecimientos, dentro de tu gesto de amor.

Haciendo las cosas como las haría Jesús, como las haría Dios, libera a Dios de los velos de lo invisible y lo hace visible en el camino de los hombres.

La fe es un acto, no pura palabrería.

La esperanza es un gesto de luz, no un sentimiento piadoso.

La caridad es un acontecimiento, no una plegaria devota.

Domingo

Resurrección: la profecía de Jesús

Ésta es la verdadera profecía de Jesús: Han resucitado en Cristo Jesús. Busquen, por lo tanto, las cosas de lo alto. La resurrección es la victoria de Dios en el hombre y la transmisión a Él del poder de las cosas imposibles, como vivir según las Bienaventuranzas. Especialmente, la Bienaventuranza de la pobreza y de la castidad.

LAUDES	Salmo 114 Salmo 148 Cántico de los tres jóvenes (Dn 3)
VÍSPERAS	Salmo 2 Salmo 110 Cántico de Colosenses (1)
LECTURAS	Jonás (entero) Apocalipsis 21 y 22 Lucas 24



*O t , que est s en tu casa
en el fondo de mi corazón,
haz que te alcance,
en el fondo de mi corazón.*



9

*Resurrección:
la profecía
de Jesús*



En mi último viaje a Bangkok, mi hermano, que es obispo y representante de los cristianos en los encuentros ecuménicos con los budistas y musulmanes, que son mayoría en Tailandia, me contó que uno de los resultados obtenidos en estos encuentros fue el proyecto de construir un lugar de oración —*asbaram*, según el término hinduista—, común a todas las religiones.

Ya se había elegido el lugar: un valle solitario y ameno, dominado por tres pequeñas colinas.

Las cabañas de los orantes, los emplazamientos de quien buscara la unión con Dios en la oración contemplativa, estarían presididos por estas tres colinas en la que debían levantarse tres monumentos; uno a Buda, otro a Mahoma y otro a Jesús.

Me agradó mucho esta idea, habida cuenta de mi probada convicción de que la oración une, mientras que, a veces, la cultura separa; e hice el propósito de tomar parte en alguno de los encuentros de oración de los hermanos budistas y musulmanes.

Mi hermano me preguntó qué habría escrito en el monumento a Jesús.

No dudé en decirle lo que escribiría:

“Éste es Jesús que, resurgiendo de la muerte, anunció a los hombres la resurrección de ellos.”

* * *

No hay que dudar de que la verdadera profecía de Cristo es la resurrección de los muertos.

Pienso sinceramente que es la síntesis de su enseñanza, de su anuncio, hecho realidad terrible y verdadera por ser Él el primero en resucitar, abriendo así un camino definitivo esperado durante siglos con asombro de todos los muertos.

Basta ver morir a un animal con su carne destrozada, basta ver la agonía de un hombre para darse cuenta de que su naturaleza toda está oprimida por un interrogante insoportable, una tragedia sin límites, una oscuridad total.

Nadie pudo darnos una respuesta. Las palabras están de más cuando de un cuerpo vivo se escapa un lamento doloroso.

Sólo se puede decir como Job:

“¡Maldito el día en que nací y la noche que dije: Ha sido concebido un hombre!” (Jb 3, 2).

La creación fue muy paciente cuando soportó la muerte en tantas generaciones antes de que llegara Él y explicara las cosas.

Ciertamente la ayudó por el Espíritu, que habitaba en ella con la fuerza necesaria para esperar, ya que de otra manera no hubiera sido capaz.

La paciencia para morir honra a las flores, a los pájaros, a las raposas, al hombre.

Me conmuevo siempre ante una hormiga que ha quedado inmóvil, aplastada en un descuido mío, o ante un conejo que me mira con sus ojos vacíos, a mí que lo degollé con un cuchillo para preparar la comida a mis hermanos.

¡Pobre de mí si trato de comprender!

Es mejor vivir entre las páginas de un libro de fábulas donde la vida y la muerte dialogan, como cosa natural, sin infundirnos miedo.



Incluso Juan nos asusta al presentarnos la muerte con la imagen del grano que muere:

“En verdad les digo:

Si el grano de trigo no cae en tierra y muere,

queda solo;

pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24).

Esta imagen es tan viva que tiene el poder de apartarnos de la visión de este pequeño grano que se destruye en la muerte. Somos llevados inmediatamente a la contemplación de las maravillas de cuanto ocurre después: en la espiga brotaron treinta, cuarenta granos, fruto de aquel que murió y en el que ya nadie piensa.

Algo similar le ocurre a la mujer —y sigue siendo Juan el que hace el parangón—, que *se siente afligida cuando está por dar a luz, porque le llega la hora del dolor. Pero después que ha nacido la criatura se olvida de las angustias por su alegría tan grande* (Jn 16, 21).

El Evangelio nos prepara para entender el porqué del dolor y de la muerte y nos revela el misterio escondido en los siglos: *“La vida nace de la muerte”*.

Cuando hayamos visto que pasó con toda la vida, olvidaremos el miedo que pasamos en el camino a la muerte.

No se puede ocultar. El Evangelio es escatológico.

En sus etapas intermedias, deja el corazón en suspenso.

Por eso, sólo los niños, que saben confiar, pueden vivir sin morir de miedo.

Si la vida brota de la muerte, la resurrección es el resultado de una destrucción total.

Pero, al mirar bien, descubriremos algo muy importante, diría fundamental.

La resurrección no es la exhumación de un cadáver.

Es otra cosa... quédense tranquilos.

Imaginen, por ejemplo, que su cuerpo, a base de píldoras y cuidados, llega hasta los 95 años y grita en su debilidad, su repugnancia a desaparecer. Después de la resurrección, ¿lo imaginan ponerse en pie tal cual era?

¡Qué desastre!

Si el poder de Dios en la resurrección consistiera en exhumar un cadáver, le diría humilde, pero sinceramente acerca del mío:

“Señor, por favor, deja que siga en tierra y que nadie vea mi rostro.”

Pero, si quieres servirte del estiércol de mi cuerpo, haz que brote encima una flor.

¡Y basta!

No, hermanos y, ustedes también, hermanas... que tienen más inclinación a la belleza... la resurrección no es la exhumación de un cadáver, aunque sea tan hermoso como puede ser el de una joven hermosa que murió a los veinte años o el de un adolescente, amigo de Pascoli, al que el poeta evocaba así en su lecho de muerte:

*“Mejor morir con los cabellos, aún rubios,
así, cuando tu cabeza descansa en la almohada,
tu madre te peinará esos hermosos rizos...
despacito para no lastimarte.”*

Pero hay alguien que peinará nuestros cabellos, convertidos en leznas duras por los sufrimientos de la vida y bañados por el sudor de nuestra muerte.

Es el Dios de la Vida que se acercará a nuestra muerte, hecha más muerte por el tiempo, el pecado y las experiencias del dolor, y, soplando aliento de vida como la primera vez en la génesis del universo, nos dirá:

“Ahora todo lo hago nuevo” y, por tanto, te hago nuevo a ti.

Te hago como tú deseas.

Tú querías amar y no podías; ahora podrás.

¿Buscabas la castidad y lloraste por tus caídas? Ahí lo tienes, ahora te hago casto.

Soñaste salvar a todos los hombres y te despertaste cada día humillado por tu egoísmo y tus temores: bien, yo te voy a hacer capaz de comunicarte con todos los pobres del mundo y de vivir, al fin, el don de ti mismo.

* * *

La resurrección no es la exhumación de mi cadáver. Éste ya no existe, como le pasa al grano de trigo que cayó en la tierra.

En todo caso, no pasa de ser un signo de otra cosa que está brotando: la memoria de una historia verdadera, la mía, una continuidad en la que lo mejor de mí, la conciencia, encontró su sitio, y desarrolló su realidad divina hasta el nivel de hijo de Dios.

La resurrección es el triunfo de Dios en nosotros, la prueba de su poder creador, la capacidad de renovar todas las cosas.

¡Es extraordinario!

Isaías lo había profetizado:

“Yo voy a crear un cielo nuevo y tierra nueva y el pasado no se volverá a recordar más ni vendrá a la memoria. Que se alegren y que estén contentos para siempre por lo que voy a crear” (Is 65, 17-18).

Y Juan lo vio con sus ojos fascinados por el amor:

“Entonces vi la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, que bajaba del

cielo, del lado de Dios, embellecida como una novia engalanada en espera de su prometido" (Ap 21, 10).

Éste es mi cuerpo resucitado de entre los muertos; la nueva Jerusalén que va al encuentro de su Dios, el cielo nuevo de Isaías, la Tierra convertida en posesión de Dios.

* * *

Y ahora va a tu encuentro.

Esta tierra mía, convertida en posesión de Dios, adquiere la capacidad que le da la resurrección de Cristo. Podemos esclarecer el porqué. No decimos "Resucitaremos", decimos: "somos Resucitados".

Como la Encarnación hace nacer el Yo de Dios en la tierra de María, que es tierra nuestra, así la resurrección conlleva, en toda la realidad visible del cosmos y de la historia, el poder transformador y salvífico de la resurrección de Jesús.

Toda la realidad es capaz de resurgir, de renovarse, de deificarse.

Tras la resurrección de Jesús, la historia del hombre no puede terminar en un caos; por el contrario, camina inexorablemente hacia la luz, hacia la vida, hacia el amor.

Y nosotros, los redimidos, tenemos las primicias del Espíritu, somos los primeros en testimoniarlo.

Por eso el Reino ya está en nosotros.

Y el Evangelio, a pesar de ser un mensaje escatológico, es al mismo tiempo un mensaje de "hoy".

Habiendo ya resucitado, tenemos los poderes de las cosas superiores, la capacidad de vivir lo imposible del Espíritu: las Bienaventuranzas.

Sólo se necesita quererlo.

El poder de la resurrección de Jesucristo, la capacidad que Dios

tiene de hacer “*todo nuevo*”, se transmiten a nuestra naturaleza humana.

De ahora en más ya no es una locura decir:

Felices los que tienen espíritu de pobre.

Felices los que lloran.

Felices los pacientes.

Felices los que tienen hambre y sed.

Felices los compasivos.

Felices los de corazón limpio.

Felices los que trabajan por la paz.

Felices los que son perseguidos por causa del bien. (Mt 5, 3-10).



Hablemos con claridad: la capacidad de vivir las Bienaventuranzas se debe a la resurrección de Cristo. Lo podemos hacer, porque ya hemos “resucitado en Él”.

Llamar “felices” al sufrimiento, al llanto, a la pobreza, a la persecución, no es normal para el hombre-Adán.

Solamente el hombre-Jesús podía pensarlo y vivirlo, y luego transmitirlo como un secreto suyo.

Pero ustedes ya pueden comprender que un secreto así —el gozo de ser pobres, el gozo de sentirse perseguidos, el gozo de ser castos— es tan elevado y, al mismo tiempo tan delicado que sólo puede vivirse con un amor no corriente.

E incluso en una libertad absoluta.

No puede ser impuesto.

Como todos los absolutos, no puede ser impuesto, sino aceptado libremente en el amor.

El mismo Dios no lo impone, sólo lo propone.

Nosotros debemos hacer lo mismo.

¿Cómo es posible que los cristianos, que conocemos el valor de la libertad, podamos imponer a los demás los absolutos de la pobreza o de la castidad?

Yo puedo ser un entusiasta de una sociedad organizada como un convento, una sociedad donde todos vistan de la misma manera, coman más o menos la misma cantidad de arroz y compartan sus bienes, como creo haber visto en China.

Pero si veo que este orden es impuesto —y naturalmente así es—, no puedo aceptarlo, porque destruye mi esencia de hombre libre.*

Puedo ser un entusiasta de una Iglesia donde cada hombre tenga su mujer y sólo ésa, donde no haya divorcios y todo suceda en orden; pero no puedo imponerlo con una ley civil en un plano religioso.

Dios no impuso el celibato a los hombres o la castidad de una sola mujer; lo propuso.**

El absoluto de la castidad es tan alto y vinculado al amor, que detiene al mismo Dios en el umbral del “sí” del hombre.

¡Qué groseros son ciertos discursos sobre la unidad matrimonial basada en la ley, dichos por unos cristianos que recuerdan de Jesús todo menos las Bienaventuranzas!

¡Y no es poco!

* * *

* Pero es necesario comprender claramente esto para no caer en un error y terminar defendiendo sin querer el capitalismo que hace de la libertad un absoluto en todos los aspectos, incluido el económico. La sociedad tiene todo el derecho de imponer con sistemas adecuados la distribución de la riqueza, la igualdad social y la participación de todos en el bien común y la cosa pública. Lo que no puede imponer son los absolutos, es decir, los espacios fundamentales en los que vive el hombre como Misterio. Tales espacios han sido resumidos por Jesús en la Bienaventuranzas, y las Bienaventuranzas no pueden ser impuestas a nadie.

** Ciertamente, sé que la voluntad de Dios es mi percepción y mi bien, pero sólo puedo llevarla a cabo en la libertad. Sin libertad el hombre está muerto en su esencia más profunda.

Esto no quiere decir que a los hombres de hoy no se les pueda hablar sobre la castidad, la unidad matrimonial, el respeto a la vida.

Puedo y debo hacerlo. Pero cuando es conveniente.

Si recurro a la ley civil, lo hago como ciudadano respetuoso de la multiplicidad de culturas y la realidad de las auténticas dificultades históricas de la vida humana no permeada aún por el Evangelio.

Y, sobre todo, dejo en libertad a todos, no trato de imponer mis ideas religiosas con la fuerza del número, a quien tiene otra cultura o a quien sufre la desventura de no tener fe.

Pero, si recurro a la ley divina que Jesús puso en mi corazón, y me atengo a esa fidelidad por la que estoy dispuesto a morir, entonces cambio de tono y exclamo:

¡Hermanos, hermanas!

Dios, en su Hijo Jesús, nos liberó del dominio de las tinieblas paganas, de la permisividad, del poder del dinero, del materialismo tanto occidental como oriental, y nos hizo vivir en su Reino de luz y de amor.

Nosotros no somos como los que no creen en la resurrección de Cristo y viven como si las cosas invisibles no existieran.

Por la misericordia de Dios creemos en Jesús resucitado de entre los muertos, y de Él recibimos fuerza para vivir en esta Tierra como Él nos enseñó en su Evangelio.

Si los demás se divorcian, nosotros no nos divorciamos.

Si por debilidad, por ignorancia o por pobreza hay mujeres que abortan, nuestras mujeres no abortan, porque creen en la vida.

Para nosotros, el amor no consiste en abrazar un cuerpo, sino en la donación de nosotros mismos a una criatura a la que debemos amar como el Dios nos ama y a la que no debemos engañar nunca.

Este modo de amar que nos impone la castidad no es cosa sencilla; por el contrario, sería imposible si no hubiéramos “resucitado en Cristo” y si no obtuviéramos ayuda en la oración.

No imponemos a los otros la castidad, pero deseamos vivirla como testimonio de nuestra creencia en el Dios invisible que vive en cada uno de nosotros y nos llama a la liberación y a la salvación.

Ser castos significa respetar nuestro cuerpo y el cuerpo de los otros.

Ser castos significa mirar a los otros con ojos de niño y creer que el amor verdadero es posible y nunca se eclipsará en esta Tierra la maravilla de un joven y una joven capaces de entregarse totalmente, enteramente, para siempre, como si su amor fuera ya un pedazo de Cielo.

Ser castos significa tener el dominio de uno mismo, para que no ocurra que nuestro hijo sea fruto de una borrachera o de una engañosa pasión, sino de la elección libre de una paternidad y maternidad conscientes y amantes que van más allá del cuerpo, y que fundamentan su gozo en el misterio del mismo Dios.

Ser castos significa ver las cosas y a los hombres con los ojos puros de Jesús que, en su visión mesiánica, quiere a todo el universo absorbido por el resplandeciente poder de la resurrección donde el mismo pecado del hombre fue vencido, destruido y olvidado.

Finalmente, ser castos significa guardar en el corazón el sueño de María, Madre de Jesucristo y Madre nuestra que, en su infinita pequeñez y humildad, fue capaz de vivir, en el mismo momento y en el mismo cuerpo, las exigencias de la virginidad y de la maternidad.

Carlo Carretto El desierto en la ciudad



"Hay que pasar por el desierto y permanecer en él para recibir la gracia de Dios... Es ahí donde uno aleja de sí todo aquello que no es Dios...", escribió Charles de Foucauld, el sacerdote francés que marchó al desierto buscando a Dios, y cuyos pasos siguieron los Hermanitos de Jesús, entre ellos Carlo Carretto cuando tenía ya 44 años.

Mucho después, durante su actividad como consejero y guía de tantas personas de todo el mundo, el Hermano Carlo se encontró con un joven inquieto que le dijo: "Yo no puedo ir al desierto. Debo encontrar a mi Dios aquí, en la Babel de mi ciudad. ¿Qué camino debo recorrer?"

A la escucha del eco de esta pregunta en su propio corazón, el Hermano Carlo responde que Dios es sorpresa, que Dios es novedad, que Dios es creatividad, y nos confía el secreto compartido por muchos amadores de Dios de todos los tiempos y lugares: "Para quien se deja llevar por el Espíritu que anima la Palabra de Dios, 'desierto' es la búsqueda de Dios en el silencio, es un puente colgante tendido por el alma enamorada de Dios sobre el abismo tenebroso de nuestro espíritu, sobre las profundas grietas de la tentación, sobre los precipicios insondables de nuestros miedos que obstaculizan el camino hacia Dios".

ISBN 987-00-0467-9



0 780870 004677

LIMEN

